

**¿Y si yo fuera
una persona refugiada...?
Comenzar de nuevo en otro país**

Cuentos de jóvenes
sobre personas refugiadas

2011



¿Y si yo fuera una persona refugiada...? Comenzar de nuevo en otro país

Cuentos de jóvenes sobre
personas refugiadas

2011



COEDICIÓN: Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados (ACNUR),
Consejo Nacional para Prevenir la Discriminación (Conapred)
y Comisión de Derechos Humanos del Distrito Federal (CDHDF).

EDITOR RESPONSABLE: Alberto Nava Cortez. CUIDADO DE LA EDICIÓN: Bárbara Lara Ramírez.
CORRECCIÓN DE ESTILO: Solar, Servicios Editoriales, S. A. de C. V.
DISEÑO Y FORMACIÓN: Ana Lilia González Chávez.
DISEÑO DE PORTADA E ILUSTRACIÓN: Edgar Sáenz Lara.

Primera edición, 2011

D. R. © 2011, Comisión de Derechos Humanos del Distrito Federal
Av. Universidad 1449, col. Florida, pueblo de Axotla,
del. Álvaro Obregón, 01030 México, D. F.
www.cd hdf.org.mx

D. R. © 2011, Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados
Presidente Masaryk 29-6, col. Chapultepec Morales,
del. Miguel Hidalgo, 11570 México, D. F.
www.acnur.org

D. R. © 2011, Consejo Nacional para Prevenir la Discriminación
Dante 14, col. Anzures,
del. Miguel Hidalgo, 11590 México, D. F.
www.conapred.org.mx

ISBN CDHDF: 978-607-7625-57-5
ISBN Conapred: 978-607-7514-44-2

Los cuentos contenidos en esta publicación fueron escritos y presentados en el marco de la edición 2011 del concurso de cuento ¿Y si yo fuera una persona refugiada...? Comenzar de nuevo en otro país, organizado por la CDHDF, el ACNUR y el Conapred. El contenido de los cuentos es de la autoría de las y los jóvenes que los escribieron, y no refleja necesariamente las ideas de las instituciones que participan en esta coedición.

Ejemplar de distribución gratuita, prohibida su venta

Impreso en México

Printed in Mexico

Índice

Introducción	5
Fernando Protti Alvarado	
Luis González Placencia	
Ricardo Bucio Mújica	
Palabras de la representante del jurado	11
Cuentos ganadores de la edición 2011	
De la noche a la mañana	17
Ana Regina Cantú Aguilar	
Empezar de nuevo	21
Nancy Rubí Hernández Cruz	
Mi lugar en el mundo	27
Ana Rivas Monsalvo	
Ya salió el sol	33
Sarahi Albor Elizalde	
Una vida por delante	41
Diana Bautista Sánchez	
Sombras en tierra de nadie	47
Fernando Rodríguez Pedraza	
Presente, pasado y futuro de mi vida como refugiado	53
Kevin Alberto Sánchez Mayo	
Ilusiones	57
Diana Godoy Reyes	

¿Y si yo fuera una persona refugiada? Comenzar de nuevo en otro país...	63
María Luisa Pérez Ascacio	
Tiempo detente	67
Marianna Cañez Cardona	
Cartas, recuerdos y un expreso	75
Arely Alicia Valdés Rodríguez	
Los secretos en el cielo	81
Saúl Sánchez Lovera	
El presente fue el futuro	85
Erika Ramírez Martínez	

Introducción

Fernando Protti Alvarado
Representante de ACNUR en México

Para la oficina del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados (ACNUR) es una enorme satisfacción constatar que esta iniciativa que comenzó en 2007 como concurso de ensayo, y que por segunda ocasión se lleva a cabo en esta modalidad, haya generado una participación tan numerosa y representativa como la que alcanzó este año.

Uno de los principales objetivos es escuchar la voz de las y los jóvenes sobre lo que para ellos significa ser un refugiado, vivir en el exilio, dejar todo atrás: sus palabras, sus ideas, sus preocupaciones, es sumamente valioso.

En el ACNUR reconocemos que más de 1 700 chicas y chicos de distintos estados de la república mexicana se hayan tomado el tiempo de pensar, por un instante al menos, lo que casi 44 millones de personas en todo el mundo viven, sienten, sufren y experimentan a causa del desplazamiento forzado de la intolerancia exacerbada, la persecución y la violencia. La empatía que han demostrado los participantes de este concurso es muy significativa para nosotros, especialmente si pensamos que 44% de las personas refugiadas y 31% de las personas que solicitaron asilo el año pasado comparten con casi todos ustedes, los participantes en el concurso, el hecho de ser menores de 18 años.

En alguna de las historias que imaginaron, nos narran la experiencia ficticia de algún chico o chica que tuvo que abandonarlo todo y, tras la huida, llegó solitario a un país desconocido. En la

realidad, más de 15 500 niños y niñas, en particular de Afganistán y de Somalia, pasan por esta situación.

Algunos otros cuentos que no resultaron ganadores hicieron un valioso trabajo literario, pero alejado del tema de los refugiados; sin embargo, también son muy importantes para el ACNUR pues representan un termómetro sobre cómo se entiende o, mejor dicho, confunde el concepto *persona refugiada*. Una persona refugiada no es un prófugo, no es una persona desplazada por desastres naturales, no es un migrante que busca mejor condición económica y oportunidades de vida; un refugiado o grupo de refugiados es una persona como ustedes o como yo, pero que ha tenido que dejar todo atrás al ser perseguido por quien es, por su raza, su origen étnico o nacional, por su religión, por sus opiniones, por sus preferencias sexuales o por pertenecer a un determinado grupo social y porque no cuenta con la protección de su propio país.

Una persona refugiada es alguien que huye porque su vida o su seguridad ha sido amenazada por la violencia generalizada, por los conflictos armados, por grandes violaciones a los derechos humanos. Una persona refugiada deja todo, algunos refugiados se separan de sus padres, tienen que dejar a sus hijos o quizás a sus parejas. Para una persona refugiada sus proyectos y planes de vida quedan suspendidos o truncados, a veces para siempre. Una persona refugiada tiene que reiniciar su vida en otro país.

Queremos felicitar a todos los chicos y chicas que participaron y hacer un reconocimiento especial para las y los jóvenes que fueron seleccionados por el jurado en los tres primeros lugares en cada una de las categorías, y también a aquellos que recibieron mención honorífica. Agradecemos el trabajo de maestros, docentes y de las instituciones académicas que dieron su apoyo para que este concurso fuera difundido y haya tenido tan alta participación.

Muchas gracias y ¡enhorabuena!

Luis González Placencia

Presidente de la Comisión de Derechos Humanos del Distrito Federal

Convocatorias como esta tienen especial relevancia en momentos como el que vivimos en el país, no sólo en términos de la gran violencia que se plantea como un problema interno en el tema de las personas desplazadas, sino por los efectos que las diferentes manifestaciones de la criminalidad organizada y de otras actividades criminales como la trata de personas, están implicando al obligar a mucha gente a dejar su historia, su vida, su casa, y tener que iniciar en condiciones totalmente distintas en lugares que le son ajenos, aun en casos de desplazamiento interno, pues hablamos de la necesidad de empezar a vivir en circunstancias completamente diferentes a aquellas en las que se desarrollaba su cotidianidad.

Especialmente preocupante resulta escuchar que la violencia está instalada en la subjetividad de nuestros jóvenes porque, efectivamente, en los últimos días ha habido algunas notas con reflexiones y estudios, como los del CIDE, por ejemplo, que llaman la atención sobre la naturaleza violenta de las relaciones entre los y las mexicanas. Se trata de una situación que va más allá de la violencia relacionada con el delito y que está instalada en la intolerancia con la que construimos nuestras relaciones. En dicho texto, el investigador del CIDE decía que en la ciudad de México la mayor cantidad de muertos se debe no a las actividades criminales, sino a problemas surgidos en las relaciones cotidianas, incidentes en tránsito, peleas intrafamiliares y situaciones de violencia que no están relacionadas con el delito. Por eso es relevante convocar a estos ejercicios que podríamos denominar de *creatividad*

empática, que no sólo fomentan la creatividad literaria, sino la posibilidad de plantearse en el lugar del otro y, a partir de ahí, imaginar cómo serían las circunstancias si quien escribe fuera el que estuviera viviendo la situación de refugio o de asilo, que es el tema del concurso.

Los resultados nos alegran, por supuesto, pero también nos hacen pensar y nos dicen dónde están los pendientes.

Me parece muy importante que las y los profesores de los diversos colegios de donde provienen los jóvenes fomenten estos ejercicios, que los expliquen; no sólo es cuestión de invitarlos a participar, sino de hacerlo conjuntamente, no en la elaboración de los trabajos, pero sí en el sentido, el contenido, el mensaje que va implícito en ellos. Sería interesante que hubiese ejercicios de retroalimentación para que las y los jóvenes leyeran sus trabajos en el salón de clases y los compartieran con sus propias comunidades, con su familia, y reflexionaran sobre ellos, porque el valor de concursos como éste trasciende los premios. Los premios son, desde luego, importantes, pero nos colocan en la necesidad de elegir, y algunos ganan y otros no, pero lo valioso es el ejercicio reflexivo que se hace y el valor agregado que obtengamos de la discusión de lo que nuestros jóvenes plantean en sus textos.

Sin más, felicito tanto a las y los ganadores como a las y los no ganadores, así como a las instituciones participantes. Mi agradecimiento también a quienes colaboraron como jurado por un trabajo no sólo de selección, sino de reflexión.

Gracias y felicidades nuevamente.

Ricardo Bucio Mújica

Presidente del Consejo Nacional para Prevenir la Discriminación

La discriminación es un proceso que lleva a las personas a buscar refugio. Cuando una persona vive una situación que la obliga a buscarlo en otro país, es porque ha sido rechazada por el entorno o por otras personas que, en función de las condiciones de vida y de su identidad, le impiden permanecer en su lugar de origen y hacer una vida ahí. Este concurso busca que la juventud, y no sólo los 1 700 que escribieron los cuentos puedan, por un momento y mediante la reflexión, ponerse en los zapatos de las y los refugiados.

La empatía, en este sentido, es un elemento fundamental para combatir la discriminación. La discriminación crea discriminación, supone que hay personas que se sienten más y que consideran menos a las otras, o que hay personas que se sienten menos y consideran más a las otras. Hay quienes utilizan estos mecanismos de minusvaloración para humillar, para ofender, para explotar a otros, y hay quienes los utilizan de manera paternalista, pero siempre con superioridad, para intentar ayudar, aunque dejando muy claro que hay diferencias entre las personas, que no todos somos iguales, que no todos valemos lo mismo, que hay distinciones en la dignidad de las personas y de la posibilidad de ejercer los derechos.

Sin empatía no se puede combatir la discriminación, por eso es muy importante hacer este ejercicio, ponerse en los zapatos de una persona refugiada y sentir lo que vive el otro realmente.

Hay tres datos que me impresionan mucho de la Encuesta Nacional sobre Discriminación en México. Uno tiene que ver con la pregunta sobre si se justifica o no darle de comer los alimentos

sobrantes a las trabajadoras del hogar, a la que 25.8% de personas contestó que sí. El segundo se refiere a si se justifica llamar a la policía cuando hay un grupo de jóvenes reunidos en la calle, y 51% de la población piensa que sí. Por último, también preguntamos si se justifica golpear a los niños y a las niñas para que obedezcan a sus padres y 27% opinó que sí; en algunos lugares es bastante mayor el porcentaje, como en Monterrey (35%).

Si preguntáramos a cada uno de nosotros y nosotras si se justifica que nos den de comer las sobras, normalmente diríamos que no, como tampoco que nos golpeen para obedecer a la autoridad que tenemos o al jefe en el trabajo o al maestro, ni que venga la policía y nos detenga porque estemos en la calle reunidos con amigos. Cuando se trata de otras personas, en cambio, tenemos la posibilidad no sólo de permitir que suceda, sino incluso de justificar estas diferencias que implican una situación de discriminación. Me parece que este ejercicio implica ponerse en los zapatos del otro y pensar si se justifican las razones que llevaron a esas personas a tener que dejar su lugar de origen, y es posible que contestemos que no. Quizá no esté en nuestras manos resolverlo, pero podríamos pensar en si se justifica que reciban un trato desigual de minusvaloración, incluso paternalista con una mirada de inferioridad ahora que están en México, que han solicitado de refugio o asilo en nuestro país.

Espero que este ejercicio no termine con la premiación y que implique la posibilidad de que, aunque no lo escribamos, tratemos de hacerlo permanentemente. Tenemos la oportunidad de ponernos en los zapatos de quienes aún no son solicitantes de refugio o asilo, pero sí desplazados dentro de su propio país. Miles de personas no han podido encontrar trabajo ni permanecer en una situación segura en el lugar de origen y han tenido que vivir un desplazamiento interno o dejar el país, mientras que otras están desaparecidas.

Espero que el ejercicio de quienes escribieron los cuentos sirva para que cotidianamente se haga en las escuelas que han estado apoyando el proceso y en las familias de las y los ganadores, de las y los participantes y de quienes los lean y los escuchen.

Muchas gracias.

Palabras de la representante del jurado

Tania Ramírez Hernández

Queremos agradecer la confianza depositada en nosotros para formar el jurado de este concurso. La experiencia de adentrarse en las construcciones de los jóvenes hoy en día es un viaje interesante, sin desperdicio. Pero antes debemos agradecer, igualmente o más, la confianza de tantas y tantos jóvenes que enviaron sus cuentos en respuesta a esta convocatoria. Reconocemos no sólo el interés por el concurso, sino el espacio que hicieron en su corazón y en sus pensamientos, pues esto también significa tomar las riendas, ser actores de nuestra sociedad y realizar una acción a favor de las personas refugiadas, una acción que implica imaginación y sensibilidad (hay muchos espacios que deberían adoptar estas perspectivas en su accionar).

Celebramos que quienes participaron puedan encontrar y cuenten con un espacio para expresarse libremente; que sean escuchadas y escuchados y leídas y leídos por otras personas “mayores” que ellas y ellos, en condiciones de absoluto respeto, cuidado y estima. La cantidad de cuentos recibidos indica que hay un interés por hablar de estos temas, pero también que existe una imperiosa necesidad de decir, de gritar, de ser escuchados y escuchadas.

El viaje por estos cuentos nos deja sorpresas, más o menos agradables, y la curiosidad por saber desde dónde escriben estas y estos jóvenes autores; desde qué punto del país, pero también desde qué experiencias —esperanzadas o dolorosas—, desde qué referentes de mundo y de realidad.

Los cuentos, como ya saben, fueron valorados en función de lo señalado en la convocatoria (originalidad, creatividad, tratamien-

to coherente del tema y sensibilidad en su abordaje). También respecto a las especificaciones técnicas que aparecían en la misma. Es importante que sepan que hubo varios cuentos que no pudieron ser premiados directamente (aunque sí obtener alguna mención) por no cumplir con alguna de estas especificaciones. En cuanto al tratamiento del tema, recordamos que en ocasiones anteriores la definición de *refugiado* era algo que se necesitaba buscar en los documentos de referencia, de los talleres o directamente en internet. Nos alegró también observar que la mirada de estos cuentos hacia la forma en que viven las personas refugiadas está cada vez más ubicada en su particularidad: no hubo —en nuestras lecturas— ni terremotos en Haití ni personas en situación de calle ni viajes fantásticos, terribles o exorbitados.

Debemos decir algo que quizá sea obvio, pero que no sobra, pues nos preocupó especialmente: la violencia está instalada en la subjetividad de nuestras y nuestros jóvenes. Si en esta ocasión no hubo catástrofes naturales, la catástrofe humana que vive nuestro país quedó claramente plasmada como posibilidad de futuro cercano en un número importante de cuentos. Ésta debe ser una importante señal para quienes tienen en sus manos algún tramo de la rienda que lleva a nuestro país hacia un lugar que no previmos y del que debemos salir cuanto antes.

Hablando de cuestiones más técnicas, nos agradó encontrar menos *copy-paste* que en ocasiones pasadas. La seguridad para hablar de estos temas vino, en la mayoría de los casos, y así debe ser, del efecto “ponerme en sus zapatos”, de la capacidad de empatía y de la siempre posible afinidad hacia estas historias. Quienes convocan al certamen desde hace varios años ya, pueden empezar a sentir el fruto de su trabajo: el tema *se está colocando*. Al final del día, ese fruto es el de haber sembrado conocimiento y sensibilidad en quienes hoy representan el mayor grupo de población en nuestro país y quienes harán real la cultura de paz, de no discriminación y de respeto a los derechos humanos en nuestra sociedad.

A nombre de Jacobo Dayán, Eva Janovitz y del mío propio, esperamos que les queden ganas de seguir siendo parte de experiencias como ésta y, sobre todo, ganas de seguir escribiendo. Gracias

por haber renovado nuestra confianza en las y los jóvenes. Las y los esperamos pronto con más cuentos, con más participaciones de todo tipo y con más trabajos por y con las personas refugiadas en México.

Muchas gracias.



Cuentos ganadores de la edición 2011



De la noche a la mañana*

Ana Regina Cantú Aguilar

De la noche a la mañana mi vida cambió. Pareciera que fue hace mucho tiempo cuando iba a la escuela preparatoria en la ciudad sureña de Nacaome, en el departamento de Valle, región costera de Honduras. Mi única preocupación giraba en torno a decidir cuál carrera estudiaría. Mi padre es un médico conocido, de esos a la antigüita. Su familia tuvo los recursos para sostener sus estudios en la UNAM, en México, y eso le dio prestigio, y como no se ha enriquecido con la medicina, es muy respetado y querido. Un desafortunado día fue testigo de un crimen. Allá, la guerrilla hace lo que quiere, nadie se atreve a denunciarlos, pero mi padre lo hizo. Mi madre no dejaba de llorar, y esa misma tarde desapareció mi hermano Antonio. Esa noche inolvidable, mi padre nos puso en un camión en la carretera principal, le dio a mi madre lo que pudo conseguir y le dijo que buscara a su amigo Pepe Pedrero en una ciudad del sur de México llamada Comitán, en Chiapas, frontera con Guatemala.

Mi madre había conocido hacía muchos años al doctor José Pedrero, y traía el recuerdo de sus tiempos de estudiantes en una foto arrugada que le dio mi padre.

A partir de ese momento no hemos dejado de viajar. Las horas de espera en las estaciones de camión se entrelazan con las interminables horas de carreteras mal pavimentadas angostas, calurosas e inseguras. La pena de haber dejado a mi padre tiene a mi madre en vilo, aunque de vez en vez duerme algunos ratitos. Desde que salimos de Honduras nos sentimos más tranquilas, pero no dejan de correr rumores de las fechorías que hacen las

* Cuento ganador del primer lugar en la categoría de 13 a 14 años.

maras, pandillas criminales que se han puesto al servicio del crimen organizado, del narcotráfico, en estas regiones pobres a las que no llega la mirada de ninguna autoridad.

Tras seis días y medio de viaje, hoy hemos pisado por fin suelo mexicano. Nuestro corazón late con fuerza esperando encontrar en este país, tan vivo en los recuerdos de mi padre, y en esa familia, ahora desconocida, la esperanza de un nuevo inicio.

¿Cómo estará papá, estará vivo? Y mi hermano Antonio ¿qué habrá sido de él? Suspiro profundo, que mi madre no me vea que lloro. Pobre madre, toda su vida, su historia, su casa, sus parientes, su esposo, todo queda atrás, todo es incierto, todo oscuro. ¿Cuándo se hubiera imaginado que a sus 47 años tendría que huir a otro país y dejar a papá solo? Sé que nunca lo hubiera hecho si no fuera porque estaba segura de que papá tenía razón: hay que ser fuertes, por papá, por Antonio, por nosotras.

Hemos llegado al centro de la ciudad de Comitán, es muy bulliciosa. Se nota que es un centro comercial importante, pues a pesar de no ser una ciudad moderna, tiene mucha vida, mucho ruido, mucho movimiento; parece un hormiguero, seguramente porque es domingo y hay un gran mercado, como nunca vivimos en nuestra provincia. Llama la atención el sonar de la marimba, la cantidad de gente que pulula y habla con tantos acentos. Se nota que muchos son salvadoreños, guatemaltecos, indígenas de la región con sus bordados típicos y sus dialectos. ¡Qué gran mezcla de acentos, dialectos, tonos de piel y rasgos! ¡Qué hermoso sentir que aquí, en Comitán, Chiapas, se tolera esa pluralidad y esa riqueza de etnias, razas y lenguas!

Mis abuelos llegaron a Honduras a finales de los años cuarenta en un barco que venía de la España de Franco. Lograron huir y establecerse. Nunca pensaron, ni ellos ni mis padres, en mudarse. Se sentían cómodos en esa tierra que los había recibido, donde vivíamos, creo, felices. Ellos amaban la vista marina y la cocina de mariscos, quizá les recordaba a la vieja España. Ellos también fueron inmigrantes como nosotras ahora, pero ¿por dónde se empieza, entonces?

Me gustaría que estuvieran aquí, sentados, diciéndome cómo debemos empezar, qué hacer, cómo movernos, a dónde ir.

Caminamos con nuestra pequeña maleta por las calles, llenas de subidas y bajadas. Nos detuvimos en una fonda a comer una sopa de pan calentita, un tamal envuelto en hoja de maíz, bien amarrado por los costados, con forma de bola, relleno de carne de puerco; mmm, qué sabroso, sabía a gloria. Calmamos nuestra sed con un vaso de tascalate, una bebida regional hecha a base de cacao, maíz tostado molido, achiote y canela. Ahí preguntamos por alguna posada para bañarnos y dormir en una cama. La señora de la posada, doña Loli, nos explicó que hay muchísimas personas como nosotras en Comitán. Creo que mal de muchos, consuelo de pocos, pero eso nos dio tranquilidad. También nos comentó que, dado que existen tantos migrantes, hay muchas asociaciones sin fines de lucro que ayudan de diferente forma: con asistencia, alimentos, medicinas, canales de información para localizar familiares o, simplemente, con un lugar donde pasar la noche.

Al día siguiente fuimos a una pequeña casa localizada muy cerca de la terminal de camiones, donde un grupo de personas de diversas edades y oficios ofrecen ayuda de manera voluntaria a migrantes e indocumentados. Esta casa, que lleva el nombre del Dr. Belisario Domínguez, nombre de un político chiapaneco famoso por su valentía y bien conocido por su labor médica a favor de quienes menos tenían, lleva más de 30 años de servir a personas como nosotros, “los parias, los olvidados, los más desafortunados que carecen de todo, hasta de patria”, como bien decía el letrado de la puerta.

El sur de México se ha vuelto la ruta para muchas personas de Centroamérica y del resto del mundo que, buscando un trabajo, un futuro, intentan llegar a Estado Unidos en busca del “sueño americano”, por lo que tienen que atravesar, en la mayoría de los casos, el enorme territorio mexicano, sufrir una serie de obstáculos que, implícitamente, los ponen en riesgo de perder la vida. Desde el río Suchiate, ubicado en el territorio chiapaneco, que a su vez se utiliza como límite natural entre Guatemala y Chiapas, hasta el río Bravo, que separa a México de Estados Unidos, los migrantes buscan por todas las formas llegar al territorio norteamericano.

Ahora me siento más tranquila. Mi alma se ha pacificado, quizás al descubrir que esta situación tan dolorosamente inesperada es la realidad de miles de personas, entre ellas, nosotras; quizás al ver en esos rostros luces de esperanza, incluso rasgos de ternura, de hermandad y de solidaridad en gente que ha dejado todo, que ha perdido todo.

Al entrar en la Casa Domínguez, la directora, una señora como de 53 años, delgada, activa, sonriente y cálida, de inmediato nos dio la bienvenida y nos auxilió para entrar en contacto con la familia Pedrero.

La familia del doctor José Pedrero, doña Lucero, su esposa, y sus hijas Lucerito de 14 y Violeta de 17 años, nos acogieron y nos ofrecieron desde el primer momento ropa, una recámara y la opción de un trabajo en lo que papá nos contactaba.

¡Qué sabio papá! Aunque no había visto a su amigo en tantos años, sabía bien a dónde nos mandaba. Todavía siento su protección a distancia. Ojalá esté bien, ojalá tengamos noticias tuyas. Ahora entiendo por qué mi papá nos mandó con ellos. Tienen una clínica y se nota que gozan del aprecio de su comunidad. El doctor es un hombre sensible y, por lo que ahora veo, ayuda mucho con consultas a los migrantes que llegan a Casa Domínguez.

Hoy cumplimos una semana en Comitán. Estoy descubriendo una nueva forma de vida. Trabajamos en la mañana en la clínica y, por las tardes, ayudamos en la Casa Domínguez. Sabemos que a cada persona que ayudamos es como si ayudáramos a nuestro padre y hermano; sabemos que estamos todos unidos por una misma situación y que, algún día —esperamos que sea pronto—, recibiremos noticias de papá y de Antonio .

Una nueva vida en una nueva tierra en la que, como mis abuelos, ahora trabajaremos para construir nuestro futuro.

Mi nombre es Pilar y así comienza mi historia...

Empezar de nuevo*

Nancy Rubí Hernández Cruz

Me llamo Ana Ramírez Gomes, tengo 22 años y soy de Colombia. Lo que diré no es fácil para mí. Desde los 12 años he escuchado una frase que ha marcado mi vida de muchas formas: *empezar de nuevo*, y hoy les contaré mi historia porque ya no la quiero sólo para mí, ya no quiero vivir con este sentimiento de odio. Ya no, ya no quiero.

Yo viví una de las peores guerras en la historia de la humanidad, donde los soldados se llevaban a los hombres y a los niños para que combatieran por su país. Se llevaron a mi hermano mayor, a mi papá y a mis tres primos; cuando los soldados llegaban a buscar nuevos niños, abusaban de las mujeres que se hallaban a su paso, sin remordimiento ni temor de Dios. Abusaron de mi mamá, de mi tía, de mis primas y de mí, con la frase “esto es por el país”, que es mi pesadilla aun después de tantos años. Cuando iban por más hombres y niños para luchar, el corazón se me hacía chiquito porque cada vez se llevaban más y ninguno regresaba. Siempre veía el cielo y me preguntaba: ¿por qué hacen esto? Nosotros no hemos hecho nada malo. Eran preguntas tontas porque yo sabía la respuesta.

Una comadre de mi mamá le dijo que un lote de gente saldría para México, que si queríamos ir para “empezar de nuevo”. Ésa fue la primera vez que oí esa frase. Desde ese día la he escuchado tantas veces, que ya perdí la cuenta. Mi mamá le preguntó a qué hora se irían, y ella le contestó que saldrían a las ocho de la noche, a un lado del río. Esa misma noche salimos de nuestro hogar para

* Cuento ganador del segundo lugar en la categoría de 13 a 14 años.

partir a un destino incierto, pero, tal vez, no peor que el que nos esperaba si nos hubiéramos quedado.

Cuando salíamos de la casa, mi hermano mayor, que salió del cuartel para vernos, nos preguntó si nos iríamos. Mi mamá le contestó que sí. Mi hermano le dio una bolsa negra y mi mamá la tomó con mucho miedo. No supe lo que había ahí, hasta que llegamos a la primera parada de nuestro destino.

Cuando nos detuvimos por primera vez para defecar y comer, el señor que manejaba me dijo que yo no tenía por qué huir. Si yo quería, él me sacaría no sólo del país, sino del continente, pero quería algo a cambio, y trató de violarme. Mi mamá lo amenazó con un arma, eso era lo que contenía la bolsa que le dio mi hermano. Mi mamá se convirtió en mi heroína y nunca, nunca he dudado de ella. Si ella decía que irnos de ahí era lo mejor, yo le creía.

Cuando llegamos a México, entramos a un refugio donde la comadre de mi mamá había pedido asilo para nosotros. Ahí conocí personas que han vivido cosas peores que yo. Había una niña que fue mutilada por el ejército de su país, otro niño al que le mataron a toda su familia. En ese momento sentía tantas cosas que no sabía qué era bueno o qué era malo.

Mi mamá me dijo que debía ir al colegio para estudiar. Le contesté que no. No quería, pero ella siempre me decía: “es lo mejor para empezar de nuevo”. Yo no podía olvidar todo lo que me pasó durante la guerra. En el refugio había un grupo de apoyo para los refugiados en el que relatábamos lo que nos pasó durante la guerra en nuestro país y, de esa manera, lo íbamos superando.

Un joven nos contó que en su país la guerra nunca, nunca termina; la gente vive deplorablemente, sin medicinas, sin servicios básicos y peleando por drogas.

Drogas, ¿qué beneficio tiene eso para los demás?

El señor López era el encargado de nuestra mesa. Me dijo que hablara sobre lo que a mí me pasó, pero yo no podía. Tenía miedo de que me juzgaran y me maltrataran. En ese momento salí corriendo porque no podía hablar de ello.

Al día siguiente mi mamá me llevó al colegio, pero yo tenía miedo; el corazón me latía a mil por hora y me costaba respirar. Ella me dijo que esto era bueno para mí y yo le creí, pero tan solo

tenía 12 años y había vivido cosas que no debía. Al caminar por los pasillos de ese colegio, recordaba cuando el ejército entró a mi casa (yo tenía ocho años). Cuando giraba la chapa de la puerta, los soldados tiraron la puerta de mi casa para entrar, para buscar reclutas, y se llevaron a mi papá y a mi hermano. A mí y a mi mamá nos violaron por primera vez.

La maestra hizo que yo me presentara. Me paré en frente de todos los demás y dije: “Me llamo Ana Ramírez Gomes”. La maestra me pidió que escogiera mi lugar. Recuerdo que pasé por todas las filas buscando un lugar vacío, y lo encontré, pero en la última fila, en el rincón. Desde ahí escuchaba a la maestra dar la clase. En el recreo me sentaba sola en un rincón del patio de atrás. No sabía por qué tenía tanto miedo si ya todo se había acabado; yo no lo sentía así.

La maestra mandó llamar a mi mamá para decirle que yo no convivía con los demás, que siempre estaba aislada, que era una buena niña, pero que ella no entendía por qué me portaba así. Ella no era la única, Mis compañeros de clase me miraban como un bicho raro porque no tenía amigos ni amigas. Un día, la maestra nos pidió trabajar en equipos. Me puso en uno, pero yo me negaba. No quería trabajar con nadie, quería estar sola. Una niña me empezó a explicar el trabajo, fue muy amable conmigo y yo grosera con ella. Me decía lo que tenía que hacer, pero yo lo tomaba muy mal. Me harté y salí corriendo del salón, la maestra detrás de mí, pero yo no me detenía. Salí hasta la explanada y comencé a gritar muchas cosas que ya no podía callar. La maestra dijo que yo gritaba con las manos al cielo deseando la muerte y la venganza. No lo recuerdo porque me desmayé y desperté en el hospital.

Mi mamá estaba en una silla llorando y rezando, culpándose de todo lo que me ha pasado. Cuando ella perdió a su marido, a su hijo, a sus hermanos, sobrinos, tíos, etc., ella se repetía tantas veces como podía “es mi culpa”, lo cual era falso. Ni ella ni nosotros teníamos la culpa de lo que pasaba en nuestro país. Colombia siempre ha sido uno de los países más violentos del continente, y la culpa que sentía mi madre era de las personas que son codiciosas, avaras, sin sentimientos ni remordimientos.

Cuando estaba en el hospital, me preguntaba qué es empezar de nuevo... No lo sabía, era una niña que no sabía nada. Tiempo después regresé al colegio y sentía que todos me miraban. Pensé que tal vez era por mi crisis nerviosa, pero no; cuando las personas me preguntaban dónde vivía, les contestaba que en un refugio. De allí me decían que yo era una “refugiada”, como las miles que hay en el mundo. Pero ¿quién es una persona refugiada? Una persona refugiada es aquella que sale de su país para ya no sufrir por la guerra, para evitar la violación de sus derechos. Sin embargo, a todos los que huíamos de nuestro país nos iba peor, porque había personas que nos discriminaban, que nos hacían menos. Yo pensaba que al irnos de Colombia la maldad se acabaría, pero me equivoqué, y no sabía qué era peor: la guerra o el egoísmo de los demás. La diferencia es que la guerra mata personas con armas, y el egoísmo mata con palabras, con hechos y con miradas.

Hoy, cuando veo a la gente pasar a un lado de mí, todavía veo en sus ojos ese egoísmo que no les permite ver que somos iguales. Lo único que nos hace diferentes es que ellos no han pasado por una guerra y yo sí. Cuando mi mamá me pregunta que cómo me fue, no le encuentro sentido a su pregunta, porque ella, muy en el fondo, sabe cuál será mi respuesta antes de que se la diga. Creo aún tiene la esperanza de que yo pueda empezar de nuevo, y trato de hacerlo todos los días y no puedo. No puedo. ¿Cómo borrar lo que viví?, ¿cómo regresar el tiempo?

Cada año nuevo tengo ese propósito, pero no puedo cumplirlo y la gente no me ayuda, porque entre más desprecio me dan, menos puedo olvidar mi pasado y eso me duele, me duele mucho.

Cuando tenía 13 años, mi maestra le recomendó a mi mamá que fuera a un psicólogo. Mi mamá aceptó. Él era un hombre mayor muy simpático, como de 50 años, muy bueno conmigo. Trató por dos años de ser mi amigo, hasta que lo logró. Él decía que empezar de nuevo no era un castigo, sino una bendición, porque había gente que, aunque quisiera, no podía salir de su país. Yo siempre le preguntaba: “¿Usted ha pasado por algo así? ¿Ha sentido el dolor de perder a su familia?, ¿su inocencia?, ¿sus sueños?, ¿sus ganas de vivir y la esperanza de la vida?” Y él siempre me decía: “¡No, no lo sé!, pero sí sé que eres una niña que se ha

enfrentado a muchas cosas malas, y aún sigues de pie. Entonces, sí puedes empezar de nuevo”.

¿Pero cómo después de tanto dolor y sufrimiento? En el colegio, a la hora del receso, estaba sola como siempre. Mientras pensaba, escuché una voz que me decía: “¿Me puedo sentar?” Creo que ella ha sido la única niña que se me ha acercado. Al verla, me di cuenta de que era Aurora, la niña del salón que siempre trataba de hacerse mi amiga y que yo siempre rechazaba. Me acordé de que el doctor había dicho que podía empezar de nuevo; tal vez sea más fácil si tengo una amiga. Desde ese día creo que las cosas fueron mejores para mí, tenía una amiga que era buena y sincera conmigo. Cuando Aurora estaba cerca de mí, la guerra ya no era tan fuerte en mi corazón. Mi mamá decía que Aurora era como un ángel caído del cielo para mí. Ella sabía mi historia, así que siempre me acompañaba a la terapia con el psicólogo y a la terapia de grupo; ella me hacía mucho bien.

Pero ella se portaba así conmigo porque también vivió lo mismo que yo, pero a otro nivel. Cuando ella me lo contó, me estremecí. La piel se me puso chinita y el corazón se me hizo pasita. Ella vivía en Chile, en una aldea muy alejada donde los soldados probaban químicos con las personas de ahí. Me contó que a su papi, como Aurora lo llamaba, le inyectaron sustancias que luego usaron en bombas, y a ella también le inyectaron químicos mortales, lo que le provocó una enfermedad venérea que afectó su corazón. ¡Aurora moriría en poco tiempo!

Todos los días, antes de entrar al colegio, ella me esperaba en la puerta. Un día no estaba. Me asusté y empecé a correr por los pasillos, como cuando los soldados llegaban al pueblo donde vivía. Abrí la puerta del salón esperando que ella estuviera ahí. Todos estaban callados, hasta los más desastrosos del salón. Le pregunté a la maestra qué pasaba y ella se me acercó, me tomó de las manos y me dijo: “Aurora murió anoche”. Me quedé callada y luego solté el llanto. Desconsolada, me repetía que no era cierto, que era una mentira, pero no era así, murió la única persona que entendía mi dolor. Ya no quería empezar de nuevo, para qué, si ella ya no estaba.

Así pasaron los años. Nunca pude reponerme de su pérdida, pero un día recordé lo que ella me dijo: “Tú puedes empezar de nuevo. Todo tiene remedio en esta vida, todo, menos la muerte”.

Una tarde, al salir del trabajo, vi un periódico que tenía un letrero grande que decía: “Colombia y Chile unirán fuerzas para combatir contra África”. Me dio mucha rabia. Los dos países que han marcado mi vida unirán fuerzas para destruir más familias como la mía y la de Aurora; entonces decidí que ya no podía callar más, que debía hablar de lo que esos países hacen con la gente inocente, que usan la guerra sólo para cumplir deseos egoístas, sin importarles nada ni nadie. No les importa a quién puedan lastimar si eso hace que su país logre sus caprichos; así que por eso hoy me paro frente a ustedes, olvidando mi temor y mi miedo para contarles todo esto y que ustedes reflexionen en lo que estas guerras sin sentido alguno le hacen a familias inocentes. Quiero decirles que si estos países le declaran la guerra a África, esos bebés, niños, adolescentes, ancianos, hombres y mujeres, vivirán lo que Aurora y yo vivimos en nuestros países, todas esas torturas y sufrimientos que aún no acaban y que cobran vidas a cada instante, como la de Aurora y la de mucha gente inocente. Ustedes no saben lo que es despertar un día y no tener a nadie que te cuide y sintiéndote una basura. Que no lo eres, pero que te lo hacen sentir con estas guerras, que no son más que tontos juegos de poder para saber quién puede más en el mundo. Pienso que en realidad se trata de ver quién puede causar más daño en el mundo.

Gente inocente se va de su país huyendo de las armas, la discriminación, la intolerancia, la represión que sufren, y se ven en la necesidad de llegar a otro país donde vuelven a sufrir discriminación, intolerancia y represión, aunque en ocasiones con armas más mortíferas, como las palabras, acciones, actitudes, omisiones que pueden recibir en las calles, la escuela, el trabajo, la comunidad y, en ocasiones, hasta del gobierno. No hagan que esto lo sufran personas inocentes, porque no saben lo que se siente empezar de nuevo.

Comenzar de cero no es fácil... No lo es...

Mi lugar en el mundo*

Ana Rivas Monsalvo

Me encuentro parada frente al monumento a la Memoria y la Verdad en El Salvador. Está dedicado a las víctimas de violaciones a los derechos humanos durante el periodo de 1970 a 1990, veinte años en los que la guerra dejó 75 000 muertos, en su mayoría inocentes, muertos sin fusil, miles de mutilaciones que los incapacitaron de por vida, miles también resultaron con graves secuelas psicológicas (por las violaciones que sufren incontables mujeres y las torturas y vejaciones que padecen otros tantos hombres). Yo soy una consecuencia y de estas muertes, soy una víctima.

Me llamo Nuscaa que, paradójicamente, significa *tierra nueva*. Tengo 22 años y soy, por nacionalización, mexicana.

Mi madre, una chica salvadoreña de 15 años de edad, en cuya mente lo único que cabe es disfrutar, soñar, reír, conocer, experimentar, volar, era ya una chica con el corazón de una mujer mayor por el peso de una guerra que ella no comenzó, que ella no pidió, pero, sobre todo, con una criatura que ella no deseó moviéndose en su vientre. Ahora, con su instinto materno desperdado, la cuidaba con todas las fuerzas que aún tenía.

Mi padre sólo es un cuerpo sudoroso, sucio, mal oliente, cargado de adrenalina que nada más pensaba en lastimar, vejar, humillar, pero que no logró desaparecer la ilusión de un mundo mejor, de una puerta de salida, de un mañana mejor en mi madre.

Cuando nací, bajo un cielo estrellado con el sonido de las metrallas como fondo y el olor a muerte, se inició la aventura de salir de este país.

* Cuento ganador del tercer lugar en la categoría de 13 a 14 años.

De mi infancia les diré que sólo recuerdo hambre, persecución, miedo, inseguridad y caminar, siempre caminar, ¿hacia dónde?, le preguntaba a mi madre: “Norte y La Hachadura”, fue siempre su respuesta.

La Hachadura es el principal corredor para el tráfico pesado y vehículos procedentes de México; frontera con Guatemala, ésa era nuestra meta final.

Conseguimos subir a un tráiler porque el chofer se compadeció de nosotras al ver pintado en nuestro rostro la desesperación por salir de esta pesadilla, pero el color de esperanza que se pintó en nuestro corazón se tiñó de rojo cuando un integrante de las miles de maras existentes rompió el corazón de mi madre con una bala. Ella sólo pudo susurrar: “¡Llévesela!”, y me quedó en la mente el cuerpo ensangrentado de mi madre sobre la carretera y la fuerte mano que sujetaba mi frágil y esquelético cuerpo para arrancarse y arrancarme de este país.

Quizá fue la muerte de mi madre la que actuó como escudo protector, quizá fue un ya tan escaso buen corazón, quizá fue Dios, no lo sé, pero todo el camino por La Hachadura, hasta el Soconusco, Chiapas, frontera México-Guatemala, sólo recibí buena atención, un respetuoso silencio a mi dolor, comida y música mexicana: “Caballo Prieto Azabache”, “Caminos de Guanajuato”, “El rey”, etc., que adormilaron mi dolor y mi creciente angustia sobre un futuro incierto.

Al llegar al Soconusco, Tapachula, a las faldas del volcán Tacaná, entre ceibas, caobas y cedros, donde habita el mítico quetzal, junto al ocelote, el pavón y el águila crestada, ahí, en la Casa de Fuego, inicia la cacería migratoria centroamericana hacia el norte, que, en su obligado paso por México, más que pies quisiera tener alas.

Mi viaje en éste que es mi unicornio plateado se termina aquí, otra vez. Todo a mi alrededor es verde, quizá signifique para mí esperanza.

Un 20% de los migrantes somos mujeres y yo, una niña de escasos 12, pero larguísimos años, necesito trabajar y ganarme la vida. Deambulo por una ciudad en la que creo soy un fantasma: nadie me ve, nadie me oye, nadie se percata de que estoy sola, de que no sé adónde ir, de que tengo hambre. Los ojos de toda la

gente están ciegos, sólo se ve lo que se quiere ver y la necesidad ajena no se ve.

Vuelvo, como en mi infancia, a caminar, caminar y caminar, hasta que escucho una voz que me grita: “¡Muchacha!, ¡chamaca!, ¡Hey, tú!, ¡escuíncla!”, es español, pero no lo entiendo, no conozco esas palabras. Bueno, tampoco sé muchas cosas, no fui a la escuela ni sé leer ni escribir.

Volteo por el ruido y veo a una señora gorda, vieja y pintarrajeada, con una vestimenta que no sé si no le quedó o es de su hija menor.

—¿Quieres trabajar? —me preguntó.

Eso sí lo entiendo. Me acerco y, como si fuera una res, me revisa. Me revisa los dientes, el pelo (por si tengo piojos), y decide que con lo flaca sólo sirvo para lavar trastes, barrer, limpiar y, quizá, con la comida que me dará como única paga, podría servir para otras labores.

El trato de todas las “hijas de la señora”, como ella las llama, hacia mí, es despectivo, déspota, grosero. Para ellas soy aun menos que nada, porque no soy mexicana. ¿En qué lo notaron? En mi acento y mi torpeza para entender muchas palabras en español, pero propias de este país. ¿Por qué no comprenden que no sé lo que dicen?, ¿por qué ríen cuando hacen comentarios en español que no entiendo? ¿Por qué no me enseñan a hablar el español de esta tierra?

Poco a poco voy aprendiendo, sola, y también voy comprendiendo el negocio de la señora y temo por mí. Esto ya lo viví en mi país, la misma situación, tu cuerpo por dinero. Quiero huir, pero a mis espaldas tengo la amenaza de acusarme con la policía, con inmigración, con regresarme a mi país. Decidí una noche huir. No quiero ir a Estados Unidos como todos creen que es mi sueño, sólo quiero quedarme y vivir sin miedo, sin sobresalto ni angustia ni dolor, pero nadie me ayuda.

En la negrura de mi ala, en este día soleado y lleno de luz, encuentro un anuncio: “se solicita galopina”. No sé qué significa, pero es femenino y es un lugar donde la gente entra a comer. Aquí doña Mary, mujer de ojos pequeños y vientre abultado quizá por el aguardiente que disfruta al final de la jornada, inmediatamente

reconoce que no soy mexicana, pero eso es tan común que ya no le espanta. Y ahora me encuentro sirviendo mesas y escuchando música que reconozco en mi corazón: “El rey”, “Caballo Prieto Azabache”, etc., y soportando las duras jornadas, los incesantes manoseos y la falta de pago porque tengo un lugar donde dormir, donde soñar que todo va a cambiar, que soy mexicana y tengo oportunidad de crecer, de progresar y de tener un futuro mejor.

Transcurre mi tiempo entre mesa y mesa, charola y charola, cuando escucho: “¡Señorita, señorita!”, es una señorita bien arreglada, limpia y de ojos sinceros.

—Te he estado observando, ¿no eres mexicana?, ¿de dónde eres?
—preguntas que me llegan a la médula de mis huesos.

Traté de salir corriendo, pero me detuvo.

—Mira, soy comisionada de los derechos humanos. Tranquila, no te quiero perjudicar, más bien quiero conocer tus motivos y el por qué estás en México.

Me siento con ella y desahogo en sus oídos todo lo que mi corazón guarda. Le cuento de mi orfandad, de mi ignorancia, mi hambre, mi soledad aun rodeada de personas, de mis ganas de superarme, de mis miedos, de los abusos que he sufrido, de la falta de tolerancia de cuanto mexicano he topado, de la falta de comprensión de que yo no hui por el sueño americano, de que salí por la esperanza, la oportunidad de un futuro mejor, sin guerra, sin dolor, de una oportunidad de ser mexicana, porque esta tierra, con sus olores, colores y sabores había embriagado y perfumado mi alma.

Ella me escuchó pacientemente y, con una comprensión que nunca había encontrado, me ofreció ayuda para legalizar mi situación.

Yo podía pedir asilo en México dadas las circunstancias de mi país de origen. Por fin alguien entendió que ningún hombre es una isla, que para hacer frente a la adversidad necesitamos ayuda, y la encontré.

En Chiapas se arreglaron muchas cosas. Fue un camino largo porque carecía de documentos, de identificaciones, salí siendo niña y ahora era una adulta joven.

Esperé cual novia ilusionada la respuesta a mi solicitud de asilo y recibí ayuda, porque aprendí a escribir y a leer, aprendí un oficio

que me permite mantenerme sin ser una carga para nadie. Después de mi asilo, busqué la nacionalidad, y en este duro viaje he escalado muchas montañas y dejado atrás muchos demonios. No digo que todo sea color de rosa. Sigo topándome con la indiferencia, la intolerancia y el odio, pero seguí adelante. Hasta logré metas más altas, y una de ellas fue regresar a este monumento, porque se lo debía a mi madre y a mi pueblo. Terminó este relato con una frase de un hombre que, en su propia tierra, fue refugiado:

Puesto que soy imperfecto y necesito la tolerancia y bondad de los demás, también he de tolerar los defectos del mundo hasta que pueda encontrar el secreto que me permita ponerle remedio.

MAHATMA GANDHI

Ya salió el sol*

Sarahi Albor Elizalde

Aún voy avanzando con los ojos cerrados a bordo de un viejo camión del cual no conozco su dirección. El sol está a punto de salir y una voz susurra: “Ya casi llegamos...” Vamos unos sobre otros. Esto es algo fatal; apenas si respiro. Por fortuna, mis oídos no detectan gritos de terror ni balas chocando contra las paredes de mi casa. Supongo que estar aquí es mejor, creo que estoy a salvo y sé que algo bueno sucederá. Mi intuición femenina jamás se equivoca, además ¿qué podría ser peor? Me siento intranquila al saber que me alejo de mis orígenes y que, tal vez, no volveré pronto; tal vez no volveré nunca. Mi estómago experimenta una amarga sensación después de este pensamiento y se mezcla con mi hambre incontenible, creo que no recuerdo ya la última vez que cené como lo hacía cotidianamente, en los días en que esta guerra, que mi gente no buscó, viniese para llevarse todo consigo. Entre aquellas pertenencias hurtadas, se perdieron mis ilusiones.

Era tan chica, tan inocente... el caos se apoderó también de mi infancia. Aunque hubiera luchado por ella, me la hubiesen quitado, por eso decidí no hacerlo. Creo que el mundo no cambiará por limitadas acciones de perseverancia que ni siquiera destacarían entre una vida tan miserable como la que he llevado hasta el día de hoy. La madurez debió llegar y, en contra de mi voluntad, adquirí más responsabilidades. He pasado hambre, sed, desesperación, tragedia, muerte, dolor. Mi vida dio un giro desde que escuché el primer bombardeo, cuando a través de mi ventana observé el reflejo de mi rostro aterrado y, del otro lado, vi a mis vecinos correr, esconderse, caer muertos ante insensibles mons-

* Cuento de la categoría de 13 a 14 años premiado con una mención honorífica.

truos que nos llaman rebeldes por el hecho de haber salido de la ignorancia en la que estábamos sumergidos.

Mamá dice que debo leer, que debo escribir y reconocer mis derechos, dice que debo cultivar mis conocimientos y sólo así tendré oportunidad de una vida menos reprimida. Eso es exactamente lo que deseo. Estuvimos largos años escondidos. Tan cobardes que me parecían los que se escondían, y ahora sentía tanto miedo.

El camión ha parado, alguien abre la puerta y todos salen desesperados. Veo que mi madre es una de las primeras en abandonar este vehículo, tengo muchas ganas de salir. Veo a todos con una expresión más de alivio que de miedo, creo que no debo temer, todo cambio es bueno, todo lugar es mejor si no encuentras cuerpos putrefactos por donde sea que camines.

—Baja, hija —dice mi madre con una sonrisa que apenas se distinguía.

¡Oh, no! Me ha ganado el sentimiento y estoy llorando, creo que son lágrimas de emoción, ¡sí! Deben de ser de emoción. Ya no tengo miedo.

—Ya todo estará mejor —me dijo al oído abrazándome fuertemente.

El sol apenas se asomaba. Me pareció ver el amanecer que me despertaba con delicados rayos de luz cuando era pequeña. Estaba en otro punto del globo terráqueo y eso no era posible, pero aquel ambiente tranquilo me hacía sentir, irónicamente, como si, después de tanto tiempo de perdición, hubiera vuelto a casa. “Mi hogar”, creo que ese término era ya inexistente. Habíamos huido de nuestra nación casi de milagro. Luego supimos que, horas después de haber abandonado aquella comunidad ya poco habitada, fue totalmente destruida por el ejército. Lo que más dolor me causa es que la rivalidad fuera entre compatriotas, eso me derrumba aún más. ¿Qué no deberíamos estar unidos como pueblo que somos? Es una pena tener que huir del propio ejército de tu país. Lo interesante es que nosotros seamos “los malos” de este cuento. ¡Ojalá y fuese un cuento!

—Madre, ¿a dónde iremos?

—Adonde podamos estar seguros. Nos refugiaremos en una casa inhabitada.

—¿Nos refugiaremos? No, madre. Antes vivíamos escondidos porque éramos parte de quienes habían protestado al no obtener nuestros derechos, nos encontrábamos ante el riesgo de perder la vida, pero ahora... ¿por qué escondernos?

—Hija, estamos pisando suelos ajenos y un tanto lejanos, tan sólo somos un grupo de emigrantes ilegales.

¿Algo así sería posible? ¿Abandonar tu pueblo para convertirte en un refugiado? Me asusta más el término “refugiado” que el de rebelde. Si aún tenía esperanzas de ser alguien en la vida unos minutos atrás, se acababan de derrumbar en ese preciso instante.

—¿Y qué será de nosotras? Estamos solas, tenemos hambre y no tenemos dinero.

—Todo esto es parte de la vida, hija. Tal vez aún no lo asimiles por completo, eres joven y la perspectiva cambia desde unas pupilas que aún conservan sueños. Sin duda, debo trabajar. Verás cómo teniendo fe y esforzándonos, saldremos adelante. Comprendo que lo que has vivido no lo mereces, pero dime ¿crees que alguien lo merece? Ni siquiera los que desataron la guerra civil eran merecedores de tan crueles tratos. Quienes estamos del lado de la razón luchamos hasta el final por nuestros ideales y exigimos que mejorara nuestra calidad de vida, pues queremos lo mejor para ustedes, nuestros hijos, y así muchos dieron su vida para lograr un cambio. Sin embargo, la mayoría fue desistiendo de apoyarnos, por miedo a perder la vida. El miedo es natural, pero cuando se trata de tu gente, no sé de dónde, pero el valor llega. Ahora sólo quedamos unos pocos en comparación con los que éramos, pero por muy pocos que seamos, nuestras ideas liberales seguirán vigentes y esperamos que se sigan transmitiendo de generación en generación. Si no hemos logrado nada, tenemos por seguro que algún día nuestros nietos, u otros descendientes, lo harán. Por lo pronto, caminemos juntas hacia nuestro destino, hija mía, prometo que si pones un poco de tu parte, todo será mejor.

—Claro, madre, lo haré —le dije con una voz más de resignación que de conformidad.

Qué difícil es empezar desde cero cuando no conoces el lugar en el que has venido a parar. Voy rumbo a mi nuevo hogar, donde

tal vez no seré libre como lo deseo en este instante, pero estaré libre de guerrillas y eso ya es un avance creo yo.

Me parece que mi mamá tiene toda la razón. Debo trabajar fuerte, pues sé que después de un gran esfuerzo viene una gran recompensa, y aunque no fuese así, ya me he acostumbrado a la poca reciprocidad de mi vida. El coraje me inunda y deseo no haber nacido. ¿Para qué? Qué vida tan vacía y sin sentido. He venido a esconderme de un entorno poco satisfactorio y demasiado catastrófico. Veo a mi alrededor y sólo veo que los habitantes de este poblado, casi fantasma y algo apartado de una ciudad a la que, por desgracia, ya estaba acostumbrada, empiezan a observarnos intrigados, ¡seguro que nos están juzgando! ¿Por qué no podemos vivir en paz todos los seres humanos? Me desconciertan las clases sociales y la mala repartición de recursos. De nuevo observo cómo dos mujeres que pasan cerca se van susurrando cosas al oído. De seguro afirman que somos extranjeros desterrados y dignos de lástima, no creo soportar mucho tiempo aquí. Si tan sólo no hubiese fronteras, qué feliz sería, cuánta alegría me causaría que el mundo estuviera lleno de gente como mi madre, tan inteligente, tan generosa, tan bondadosa. El mundo, desde la sensibilidad de una mujer, difería enormemente, pero ¿a quién le importa? El planeta es un asco ya. No, el planeta no es un asco. Los humanos somos quienes estamos exterminándolo y, por si fuera poco, nos exterminamos a nosotros mismos. A veces creo que una roca siente más que aquella gente que, sin piedad alguna, asesinó al resto de mi familia y a muchos inocentes más. Yo no podría exterminar de la faz de la Tierra a nadie. Jamás tendría las agallas para quitarle la vida a quien no comparte mi punto de vista... Jamás.

—Bueno, aquí es —dijo el guía señalando una enorme casa vieja—. Busquen un buen lugar donde acomodarse y hagan de éste su hogar, amigos refugiados.

Una vez más bajaba la poca autoestima que poseía, porque todos me remarcaban que aún no podía caminar tranquilamente por la calle. De pronto llegaron a mi mente imágenes de cuando, un año atrás, la guerra estaba en un punto en el que veía mi muerte venir y pedía a Dios que me perdonara todo mal que hubiese cometido. En las afueras muchos se mataban por un vaso de agua

y peleaban a muerte por una lata de comida. Pero todas aquellas vivencias habían quedado en el pasado. Por fortuna, al llegar había algo de comida que nos habían vendido a todo el grupo y nos estaba esperando, así como varios botes de agua de lluvia, pues apenas el día de ayer había caído un fuerte y bendito aguacero. Desesperados, nos apresuramos a tomarla y a alimentarnos. Un momento glorioso.

—Gracias al cielo —gritó la anciana del grupo.

Todos comenzaron a abrazarse como festejando el nuevo inicio...

Ya ha salido el sol, puedo admirarlo posándose sobre el horizonte. No deseo perderlo de vista... es el único cuerpo celeste que admiro, a pesar de que me humilla con su esplendor y ni siquiera me permite mirarlo fijamente, pues sus divinos rayos me deslumbran. Le agradezco que sea el que ilumina mis días, que alumbra mis pasos y me brinda calor, el que me saca de las horribles garras de la oscuridad, quizás podría llevarme lejos y apartarme del infierno en el que estoy sumergida.

Debo cambiar de parecer. He escuchado que quien piensa negativo atrae cosas malas hacia él y, por el contrario, quien es positivo, cosas afirmativas le acontecen. Pensándolo bien, debe existir alguna razón por la que aún estoy aquí. Hubiese sido fácil que perdiera la vida en una de las tantas veces que salí de mi casa a buscar algo de comida; sin embargo, aquí estoy, junto a personas que comprenden lo afortunadas que son al tener una oportunidad más de vida, porque somos quienes luchamos hasta el último momento y, por ese simple hecho, porque a pesar de haberlo perdido todo *queremos vivir* y estamos aquí, en busca de algo favorable para disfrutar, después de tanto tiempo, los días que nos restan... ¡Eso haré! Siento que el aire de la esperanza acaba de tocarme. No sé por qué me han surgido instantáneamente unas enormes ganas de darlo todo en mi camino, si bien ya es mérito el haber subsistido entre tantas tragedias, me sentiría infinitamente agradecida y orgullosa si pudiese entrar a alguna escuela y ampliar mis conocimientos.

—¡Hola! —exclamó un joven entrando al refugio y alarmando a todos—.

¡No se alarmen! Vengo a proponerles un trato. Soy dueño de casi todas las tierras de este poblado y he perdido trabajadores que se fueron a una guerra civil y jamás volvieron. Me gustaría ofrecerles trabajo a todos ustedes, no será muy grande la paga por ahora, pero les ayudará mucho. Si progresamos, rápido irán aumentando las ganancias y será conveniente para todos. Bueno... no sé si acepten... Creo que las propuestas para ustedes serán varias a partir de ahora, ¿no?

—Aceptamos con muchísimo gusto. Creo que es usted nuestra salvación, pero ¿por qué dice que tendremos varias propuestas de trabajo? —le cuestionó nuestro líder.

—Bueno, pues todos aquí hemos hablado de lo valientes que fueron al exigir sus derechos. Sabemos muy bien el origen del conflicto y los apoyamos totalmente. Creo que son dignos de admiración de nuestro pueblo, pues a pesar de que nos hemos liberado poco a poco de la ignorancia, nunca tuvimos el valor de hacerlo.

Todos nos miramos unos a otros. Nadie comprendía lo que aquel hombre decía. Esperábamos la peor humillación de su parte y, por el contrario, afirmaba que éramos dignos de admiración y su mirada era de una enorme amabilidad y sinceridad.

—No sabe lo gratificante que es escuchar sus palabras. Nos encantaría trabajar para usted —dijo dulcemente una mujer del grupo.

—No, señora, no trabajaré para mí. Trabajarán junto a mí —contestó el hombre con una enorme sonrisa.

Todos reían de felicidad y no paraban de agradecer. Mi madre, entre ellos, brincaba de alegría. Parecía un milagro. Sabía desde un principio que algo bueno sucedería. Una vez más mi sexto sentido me había advertido...

Ya han pasado muchos días desde que llegamos a nuestro nuevo hogar. Todo marcha muy bien y veo a todos felices después de mucho. Parece increíble, alguna vez pensé no llegar a verlos así jamás, pero la vida da vueltas inesperadas. He aprendido a valorarme y a luchar por lo que deseo. Aquí parece no importar si somos ilegales o no, la gente no se ha fijado en eso y nos trata como si fuéramos de aquí. Ya tengo varios amigos de mi edad que viven en casa vecinas y no dejan de preguntarme por lo que viví durante la

guerra y cómo es que no morí de un infarto. Sus preguntas, ingenuas a veces, me causan risa. Creo que maduré antes de tiempo, pero eso también me hace feliz. El recibir tan buen trato me hace desear, a veces, no volver a mi patria, aunque sé que, en determinado momento, lo haré. Tal vez no para quedarme, pero sí para saber qué fue de ella. Me siento muy llena con la gente con la que convivo. Gracias a ellos he aprendido a perdonar. Mi más grande anhelo se ha cumplido inesperadamente, aunque sé que no puedo caminar por las ciudades cercanas, pues allí hay posibilidades de que me arresten y me regresan a mis orígenes, algo que por ahora no deseo, pero por fin me siento libre. El ser “refugiada” me ha devuelto la vida que por un tiempo me fue arrebatada. Ya no me interesa lo pasado, ahora vivo el segundo, y cada que el sol se asoma, no paro de agradecer que he vivido un día más.

Hoy me he percatado de lo valiosa que soy. Sé que los términos que me determinan, ya sea extranjera o refugiada, ya no me afectan. Sé que el esconderme ya no me avergüenza, pues tal como el sol se oculta en el horizonte, llegará el momento en que de nuevo salga, y cuando el sol haya salido y brille, ¡será un nuevo día!

Una vida por delante*

Diana Bautista Sánchez

Él había sabido que comenzar de nuevo en otro país nunca era fácil; ser un refugiado nunca es sencillo. Había que acostumbrarse a muchas cosas, pero lo que más le inquietaba no era eso. Eran los recuerdos lo que le atormentaban; invadían su mente, y todo lo que veía y hacía estaba relacionado con estos, incluso en un país totalmente diferente de donde había vivido 35 años.

Podía recordar a su hija la noche en la que él se había marchado. Sentada en la banqueta sucia y desgastada, mirándolo sin entender realmente lo que pasaba. Ella sabía que algo estaba mal e instintivamente lloraba. Recordaba el último momento con ella, cuando lo había abrazado fuertemente, vestida con un descolorido y viejo vestido, y apenas un ligero y roto suéter azul. “Te quiero mucho”, es lo que la niña había podido decir a través del llanto. Él habría querido expresarle todo; sin embargo, no pudo ni abrir la boca. Simplemente la estrechó contra él.

También recordaba a su esposa que lloraba amargamente y lo observaba con resentimiento por su decisión de irse a la guerra y abandonarlas. Ella había tenido razón: su lucha había sido en vano. Había entregado todo en esa guerra por un país mejor para ellas, había sacrificado su seguridad y a su familia. A cambio no había recibido nada más que recuerdos horribles y muertes de inocentes.

Se culpaba a sí mismo por no haber podido ir al funeral de su esposa y de su hija. Se culpaba por haberlas dejado solas en los últimos momentos. Todo había sido su culpa. Se imaginaba a la pequeña Ana dormida en la cama fría con apenas una delgada

* Cuento de la categoría de 13 a 14 años premiado con una mención honorífica.

cobija, y a Isabel junto a ella, mientras la sombra de un desalmado se escurría por la habitación acariciando la cache de una pistola. Se imaginaba al asesino sonreír con siniestro placer y aire de venganza, apretando el gatillo. Una acción que hizo añicos sus fuerzas y su esperanza.

Desde entonces había dado por perdida y sin sentido su lucha y su vida.

Muchos lo perseguían, pero ya no tenía fuerzas ni coraje para enfrentarlos. Por eso había pedido asilo. Para empezar de nuevo.

Saltó de la silla y se decidió a salir de su nuevo apartamento en el país que lo había acogido desde hacía un año. Trataba de escapar de sus recuerdos, sin darse cuenta de que nadie puede hacerlo.

Caminó sin rumbo por calles limpias y ordenadas, por donde las demás personas de rasgos nórdicos pasaban sin mirarse unas a otras, ni mucho menos hablarse. Se respiraba una tranquilidad vacía y fría, nada en comparación con el bullicio y la calidez de su país de origen, incluso en tiempos de guerra.

Roberto se sentía solo y aburrido aquí. Los inviernos eran largos y tempestuosos, la nieve lo cubría todo; incluso había helado los corazones y la boca de las personas. Aún no podía entender cómo es que las personas eran así, todas se parecían y seguían un patrón, todo para él era monótono.

Claro que sus circunstancias habían cambiado mucho desde que había llegado a este pequeño pueblo en el oeste de Finlandia. Al principio había percibido el rechazo de la gente como un golpe duro. Se había sentido excluido de todos; había sentido la mirada de algunos ojos claros fijos en su espalda y la indiferencia de muchos. Pero eso no había sido lo peor. Un día, después de haber estado dos semanas aquí, había salido a caminar para distraerse y ver el mar. Estuvo por lo menos dos horas ahí, observando las heladas olas chocar violentamente contra las rocas, llevándose algunos pequeños animales que por ahí caminaban. Él se sentía como esas rocas, despojado abruptamente y de forma violenta de lo que más quería. Esa tarde había llorado frente al mar. Se sumió tanto en sus recuerdos que olvidó el presente; no escuchó acercarse a los cinco jóvenes finlandeses con malas intenciones. Cuando se dio cuenta, era demasiado tarde. Lo rodearon burlándose de él

e insultándolo en un idioma que todavía no comprendía. Ni siquiera trató de defenderse cuando lo empezaron a golpear porque se sentía merecedor de cada golpe que le daban; cada herida le llegaba al corazón. “Me lo merezco” —se repetía constantemente en su mente—, esto y más por haber dejado a Ana e Isabel solas. No lloraba por el dolor, sino por la culpa.

Despertó a la mañana siguiente, en una cama caliente que no era la suya. Recordaba poco de lo que había pasado después de esa paliza, pero tampoco le importaba mucho. Volvió a cerrar los ojos sintiendo el dolor de su cuerpo. Entonces escuchó un ruido que lo hizo volver en sí: vio un par de ojos verdes, pertenecientes a un niño finlandés de por lo menos diez años. El niño le sonrió. Ésta fue la primera muestra de afecto de un finlandés que Roberto recibió. Roberto se le quedó viendo mientras éste le gritaba a alguien fuera de la habitación. Inmediatamente después, un señor alto y delgado apareció.

—Hola —dijo el señor en un español con rastros de sueco.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Roberto claramente confundido.

—Te han golpeado y te han dejado tirado sobre las rocas en la playa. Mi hijo te encontró y te trajimos a casa—.

Roberto quedó sorprendido de la fluidez del finlandés; después descubrió que el señor, de nombre Heikki, sabía hablar español porque había vivido unos cuantos años en España.

Desde entonces, Heikki y Roberto habían sido amigos. Heikki y su hijo, Erkki, estaban enseñando a Roberto a hablar en sueco. Erkki era tres años mayor de lo que habría sido Ana; tenía doce. Erkki siempre le pedía a Roberto que le hablara de Ana. Roberto recordaba los buenos momentos con Ana y se los relataba a Heikki para que se los tradujera a Erkki. Roberto se sentía bien contándole sobre su hija, aunque estuviera muerta, algo que Erkki no sabía. Se sentía cómodo y tranquilo en casa de Heikki Virta, donde siempre era bien recibido; sentía que podía volver a ser la misma persona que era antes de la guerra. Pero al salir, todas esas esperanzas se desvanecían.

Roberto trabajaba en el restaurante de Heikki como cocinero, ya que era lo único que podía hacer. A veces Heikki le pedía que hiciera un platillo típico de su país, y tenía mucho éxito entre los

comensales. La esposa de Heikki, Sirkka, ayudaba a Roberto en lo que podía. Roberto estaba muy agradecido con la familia Virta.

Mientras caminaba por las calles en dirección a una cafetería, se encontró a Erkki, quien lo saludó sonriendo. Roberto revolvió su rojizo cabello. Erkki se despidió y corrió junto a otros niños finlandeses de su edad, quienes miraron a Roberto con curiosidad por unos instantes antes de volverse a Erkki para preguntarle sobre el refugiado.

Roberto sonrió y siguió caminando, seguro de que Erkki les contaría a sus amigos sobre Ana.

Entró en la cafetería vacía, pidió un café y enseguida se lo trajeron. Se quitó sus guantes y chamarra, bebió el líquido caliente y sintió que lo quemaba por dentro. Entonces, una señora de cabello negro y ojos grises se sentó en la mesa de Roberto. Lo saludó. Roberto correspondió al saludo en sueco. La mujer se presentó como Anne y le dijo a Roberto que era su vecina. Comenzaron a hablar de muchas cosas, las cuales, después de las experiencias que había tenido Roberto a lo largo de su vida, parecían sin sentido. Sin embargo, lo ayudó a distraerse un rato. Además, comprendió que por fin estaba empezando a acoplarse. Después de un año, la gente lo empezaba a aceptar.

Roberto salió de la cafetería cuando estaba por empezar la maravillosa puesta de sol. Se dispuso a ir a la playa para contemplarla. Cuando llegó, había varias personas ahí, esperando ver que el sol estallara y lanzara miles de tonalidades al cielo. Se sentó sobre las húmedas rocas, disfrutando de las gotas heladas que caían sobre su rostro. Entonces escuchó que gritaban su nombre. Era Erkki, venía corriendo a toda velocidad, asustado.

Roberto pensó que algo realmente grave había pasado por la expresión del niño.

—¿Qué pasa, Erkki? —le preguntó Roberto, preocupado por la familia Virta.

—Me persiguen— respondió Erkki escondiéndose detrás de Roberto.

—¿Quiénes?

—Matti y los demás —contestó el niño refiriéndose a sus amigos.

Roberto se relajó y sonrió.

—¿Y por qué te causa tanto conflicto?

—Porque quieren que sea novio de Eila —contestó Erkki con las mejillas ardiendo.

Roberto se echó a reír, cosa que hacía tiempo no ocurría.

—¿Es bonita?

Erkki lo pensó, entonces asintió con la cabeza.

—Es la niña sonriente de ojos azules, con pecas, cabello cobrizo y rizado.

Roberto la recordaba vagamente; Erkki tenía razón, era muy bonita.

—Entonces, ¿cuál es el problema?

Erkki lo miró directo a los ojos.

—Que yo quiero a alguien más...

—Ah... ¿a quién?

—Es una niña menor que yo. Tiene el cabello negro y ojos del mismo color.

—¿Cómo se llama?

Erkki dudó antes de contestar:

—Ana.

Roberto se quedó petrificado, comprendiendo de pronto la insistencia y curiosidad de Erkki porque le relatara cosas sobre su difunta hija. Seguro que el niño había encontrado la foto que Roberto guardaba en su cartera, donde estaba Ana con Isabel y él.

—Erkki...—balbuceó—, hay algo importante que tienes que saber... —hizo una larga pausa—... Ana falleció.

El rostro de Erkki mostró una contrariedad de sentimientos que a Roberto le costó trabajo adivinar cómo se sentía.

—Ana no puede estar muerta —dijo Erkki, muy alterado. Se levantó y vio directamente a Roberto—. Yo vi su foto, aún es muy joven... Tú mismo dijiste que tiene nueve años.

A Roberto se le escapó una lágrima.

—Murió cuando tenía nueve años.

Erkki se dejó caer al suelo, abrió la boca para decir algo, pero no lo hizo. Hundió la cabeza en sus manos por unos minutos, estaba claramente confundido.

—No puede ser —dijo Erkki tratando de calmarse.

—Sí, es cierto. La mataron, Erkki, al igual que a mi esposa. Por eso es que estoy aquí, en Finlandia.

—¿Cómo la mataron? —preguntó el niño.

Roberto miró hacia el mar que se revolvía salvajemente. Tardó unos minutos antes de contestar.

—Le dispararon... por mi culpa.

El niño frunció el ceño.

—No te creo —espetó.

—Yo tampoco lo podía creer...

—¡Es mentira! ¡Mientes! ¡Ana está viva! Yo lo sé. Sé que un día la traerás a Finlandia y la conoceré, entonces ella podrá enseñarme a bailar como lo hacen en su país... Sé que ella vendrá y tomará su mano... —el niño se había levantado y gritaba con la cara roja.

—De Ana no queda más que su recuerdo, al igual que el de su madre —Roberto estaba a punto de llorar—. Tienes... tenemos que dejarlo ir...

En ese momento Roberto se dio cuenta de que tenía que superarlo; jamás olvidaría a su pequeña Ana ni a su adorada esposa, pero tenía que aceptar que ellas se habían ido y que él tenía toda una vida por delante. Por eso es que había pedido asilo en Finlandia, para iniciar una nueva vida, sin importar qué tan difícil fuera. Por eso se había convertido en un refugiado, no para olvidar, sino para iniciar de nuevo. Lo lograría, lograría volver a la vida.

—Adiós, Ana —murmuró Erkki cuando el sol lanzó su último rayo al cielo y se ocultó.

Se había calmado después de ver la expresión de dolor en la cara de Roberto y ver sus ojos llenos de fuerza.

Roberto se comparó de nuevo con las rocas que había en la playa. Ellas siempre estaban ahí, el mar les había arrebatado a sus animales muchas veces y las había desgastado; sin embargo, seguían de pie, comenzando de nuevo cada vez que la marea les arrancaba lo que poseían. Admiró su fortaleza.

Sombras en tierra de nadie*

Fernando Rodríguez Pedraza

El invierno está llegando. El fuego se ha extinguido hace tiempo, pero el dolor arde en mi interior ahora más que nunca. Los recuerdos se abren paso como un cuchillo y agujonean mi corazón con culpas del pasado, como personas sin rumbo, girando en círculos y maldiciendo por lo bajo; y cada vez los siento más cerca.

Por un tiempo pude mantenerlos a raya con la esperanzadora ilusión de mi vida, de mi felicidad. Pero uno no puede engañarse con una existencia tan incorpórea como el aire que, de pronto, se ha vuelto tan difícil respirar, porque el corazón nos recuerda que no podemos huir de lo que somos y de dónde venimos; porque dentro de mí los niños han llenado vasos con sus lágrimas, esperando el día en que se sentirán felices. Me arrebujó bajo mi capa, miro hacia el horizonte lleno de árboles contra un cielo gris, y paso tras paso me dirijo hacia mi final. La oscuridad se cierne sobre mí, como ávido espectador que toma su lugar para observar el final de esta obra trágica que es mi vida. He venido a encontrarme a mí mismo, a tratar de recuperar los pedazos del espejo de mi existencia que alguna vez reflejaron el orgullo y el espíritu de un pueblo, el calor de una familia. He venido a impregnarla en árboles, rocas y animales; a esparcirla a los cuatro vientos y lanzarla hacia a la acusadora cara de la luna; ésta que es la historia de una sombra en tierras de nadie.

He dejado, al fin, que los recuerdos se abran paso desde mi mente, como un ejército que entra triunfante a las humeantes ruinas de la ciudad conquistada. Pareciera que, a estas alturas, el recuerdo de la imponente ciudad de Afganistán, con sus edificios

* Cuento ganador del primer lugar en la categoría de 15 a 16 años.

hechos de marfil y oro, sus paisajes míticos, donde los dioses de antaño reinaban en los sueños y los corazones de las personas, y donde el espíritu se unía en armonía como parte de un todo, sólo puede existir en la imaginación de aquellos que creen en los cuentos de hadas. Pero mi mente ha borrado la línea entre lo verdadero y lo que sólo es un sueño; la persona alegre y sin preocupaciones que alguna vez fui se ha desvanecido y ha partido con el polvo de los escombros y el humo de los incendios a buscar una realidad mejor. Las personas que alguna vez fueron lo que llamé *familia* se han convertido en fantasmas que alzan un dedo acusador y cargan sobre mí cada culpa que no remedí y cada grito al que no acudí.

Porque alguna vez yo fui un hombre feliz. Vivíamos en una casa construida en una de las zonas más hermosas de todo Kabul, donde nací y crecí en un ambiente de paz y aceptación. Aquí fue también donde conocí a la mujer que parecía haber bajado del cielo y renunciado a su divinidad por mí, con ojos azules más profundos y misteriosos que el mar, pero con la piel de un color aceitunado que invitaba a perderte en su cuerpo. Nos casamos bajo una brillante y espléndida luna de verano; las estrellas nos hacían guiños, cómplices de un amor tan puro como el nuestro; porque el amor se había convertido en nuestra fuerza vital. En este mundo de alegría absoluta engendramos dos hermosos hijos: una niña con rizos del color de la caoba y ojos de un negro profundo, y un niño con porte orgulloso y sonrisa sincera.

Ambos parecían vivir de la energía del mundo y, por mucho tiempo, la casa cobró vida con sus risas, historias y secretos. Pero como cualquier buena fantasía, en algún momento tenía que acabar. Llegó el día en que el cielo se prendió en llamas y las armas aullaron a la noche un himno de dolor y odio. Creí poder escapar a lo inevitable, creí tener la fuerza, creí tener la fe, pero tales esperanzas cayeron junto con la puerta de mi casa, mientras demonios vestidos con trajes de militar y con instrumentos que sembraban la muerte tomaban por la fuerza lo que más amaba en este mundo. Ese día mi corazón fue arrancado de cuajo junto con mi esposa y mis dos hijos, y caí en la más completa oscuridad. Cuando desperté, descubrí que el mundo perfecto en el que había vivido se había convertido en un mundo sin texturas ni

colores, excepto por el gris profundo del humo y el olor a muerte y pólvora. De algún modo, mi ser se separó en dos entes distintos: mi cuerpo, el cual luchaba desesperadamente por no morir, y mi alma, que ya había muerto junto con mi vida anterior. De pronto, sentí cómo me levantaba en el aire y, acto seguido, una explosión de dolor en mi pecho, como el de un martillo rompiéndome las costillas. Traté de respirar, pero era como intentar respirar arena. Mis ojos empezaron a llorar y mi visión se a enturbió; y otra vez, oscuridad.

Al despertar por segunda vez, me encontré rodeado de personas desconocidas sentadas alrededor del calor de una fogata. No tuve más que mirar sus ojos para descubrir que nuestra situación no era muy distinta; más tarde me enteré de que fueron ellos los que encontraron mi cuerpo bajo una montaña de escombros y ceniza. Al principio me habían dado por muerto, pero un movimiento leve de mi mano los había impulsado a trabajar unidos para sacarme de lo que habría sido mi tumba, y me habían cuidado y curado mis heridas con lo poco que tenían.

Caminamos día y noche, alejándonos del lugar que sería el escenario de nuestras pesadillas por el resto de nuestra vida, hasta que llegamos a la ciudad de Jerusalén.

Ahí fuimos acogidos por las frías miradas de aquellos que no gustaban de extraños en su morada, pero hubo también personas que nos recibieron como si fuéramos hermanos, como alguien a quien se le da la segunda oportunidad para vivir. Muchos se quedaron, otros avanzaron más al sur, hacia los países de Egipto, Libia y Arabia Saudita; otros fueron al norte, hacia Turquía, Rusia, e incluso a Italia, pero yo sabía que en ningún lugar del mundo encontraría la paz. Lo único que me quedaba por hacer era buscar un lugar donde olvidar, donde empezar de nuevo, y la respuesta me esperaba al otro lado del Atlántico.

El primer avión para Estados Unidos partía en unas horas. Las maletas estaban listas y la gente con la que había vivido esos últimos meses ya se había marchado después de unos apretones de manos solemnes y unas cuantas lágrimas. No tuve que preocuparme por el papeleo, ya que pude recuperar todos mis documentos sin problema; aun así, todo eso era insignificante comparado con lo

que mi alma no podría recuperar jamás. El viaje fue como un sueño en el que pude obtener el último descanso real mientras mi mente drenaba los últimos recuerdos hacia el mar del olvido.

Vivir en América no fue un sueño hecho realidad. No fue una utopía espiritual y materialista como la vendían las personas de las agencias de viajes. Pero al menos pude, poco a poco, recomponer mi persona y existir sin despertar cada mañana deseando no haberlo hecho. Olvidé el idioma de mi patria, olvidé las tradiciones y costumbres que fueron mi orgullo y alegría; dejé lo que era para poder ser algo que, para los demás, jamás sería.

Pasaron los años, logré sobrevivir a las memorias que amenazaban con ahogarme e incluso pensé en volver a ser feliz. Un día, mientras iba caminando por las calles de la gran urbe, me topé con un cartel que rezaba: “Partiste hacia otro lugar, pero jamás dejaste mi corazón”, y pedía que las tropas estadounidenses regresaran de Irak. En ese momento algo se abrió dentro de mí, algo que creía haber dejado atrás, y supe entonces que sólo había una manera de poner mi alma a descansar.

Antes de que me diera cuenta estaba abordando un avión que tenía como destino la India, y al momento siguiente tomaba un camión que me llevaba hasta mi ciudad de fantasmas: Kabul. El conductor me dejó a las afueras de la ciudad alegando que tenía que continuar el camino rumbo a Pakistán. Le dije que estaba bien, que no me importaba caminar. Le pagué el doble de mi boleto y me encaminé a enfrentar mis miedos. Pude observar que algunas partes estaban reconstruidas por completo y que la gente vivía una vida normal, pero yo sabía que, en realidad, el Kabul de mi niñez había muerto con mi espíritu. Caminando sin rumbo llegué al centro, el lugar donde alguna vez había erigido tantos sueños, y encontré un monolito. Al acercarme, supe instantáneamente lo que iba a ver. El mundo de pronto cobró vida, y cada color y textura se acentuó. Todo empezó a dar vueltas, caí de rodillas al suelo, no tenía fuerzas para sostenerme. Sólo pude levantar la cabeza para leer aquellas palabras frías y sin sentimiento: “Monumento a los muertos en la invasión de Rusia a Afganistán. Jamás los olvidaremos”.

Mi corazón reventó. Todo lo que había guardado tan ferozmente en mi interior y había dejado pudrir lentamente subió por mi garganta y salió transformado en un grito cargado de ira, odio, miedo, desesperación, impotencia y arrepentimiento que desgarró mi alma e hizo que mi cuerpo echara a correr sin importar mi destino. Quienes lo oyeron, jamás olvidaron.

Cuando volví en mí, pude ver que había corrido tanto que la ciudad sólo era un punto lejano en el paisaje y estaba rodeado por árboles inmensos y arbustos espesos. Traté de organizar mis pensamientos, pero era como ordenar a las abejas que se formaran, así que seguí caminando entre la espesa maleza. A cada paso que daba, una idea tomaba forma en mí. Entonces tomé una decisión.

Ahora, al fin, he encontrado un lugar para descansar, lejos de todo y de todos; al fin he encontrado el santuario donde podré perdonarme yo mismo, donde ya no me sentiré como un extraño, donde no tendré que fingir ser otra persona.

La noche se ha cerrado sobre mí. Me recuesto contra el suelo y la siento a mi lado. La muerte ha esperado a que llegara, como una vieja amiga que me ha prometido un lugar mejor. Pero antes de irme, he logrado pasar mi historia; ahora dejaré que los animales y rocas, los arbustos y árboles e incluso tú, amigo lector, difundan mi historia. La historia de un refugiado, la historia de una sombra en tierra de nadie.

Presente, pasado y futuro de mi vida como refugiado*

Kevin Alberto Sánchez Mayo

Hasta las noches son distintas. Desde que llegamos, los colores, los sabores y los olores se perciben de otra forma. No cabe duda: no estoy en casa. Incluso dormir se me ha dificultado por el cambio de hora. Aunque aquí sí tenemos alimentos, extraño mi antigua comida, y ésta les ha caído mal a algunos de mis compañeros. No puedo creer que la vida me haya cambiado tan drásticamente.

Los conflictos dentro de mi país me han hecho trasladarme y buscar un lugar en el cual no me persigan por lo que pienso, por lo creo, por lo que digo o he realizado. Difícilmente se puede creer que tantas personas tengan que huir por estos motivos y tener que buscar asilo o refugio en otro país, donde se pueda ser libre y expresarse sin ser reprimidos. Muchas veces, encontrar un país que quiera ayudar se convierte en otro problema, porque es claro que el apoyo para todos nosotros es grande y costoso. Recuerdo que nuestro grupo no pudo llegar junto por su gran número, y muchas familias tuvieron que dividirse y seguir buscando un lugar seguro.

Desde el inicio de la guerra civil en mi país, he luchado por defender mis ideas y hacer lo posible por llevarlas a cabo para lograr un cambio que nos beneficiara a todos, pero esta lucha se tornó difícil frente a toda la represión que encontré de parte del grupo que gobierna. Lo que vino después es triste de contar, incluso ahora, después de mucho tiempo y distancia, en mis sueños veo esas tristes escenas de muerte y sangre que han manchado la historia de mi pueblo.

* Cuento ganador del segundo lugar en la categoría de 15 a 16 años.

La guerra empezó cerca de la ciudad de Libia, por lo que la población tardó en darse cuenta de la magnitud del conflicto. Cuando el problema se hizo más grande, tuvimos que cerrar escuelas, guarderías, bancos, hospitales. La vida cotidiana de la ciudad, como la conocíamos, dejó de ser así. Poco a poco se fue acrecentando la violencia e incluyó a más personas. Había gente desaparecida, gente muerta, muchos heridos, niños solos, y comenzó a faltar lo necesario.

Los pueblos dejaron de producir comida para participar en la guerra; muchos pasaron de campesinos a soldados, incluso se veían niños armados acompañando los frentes de combate. Las noches era horribles. No lográbamos descansar. Siempre teníamos que estar alerta por si el enemigo se acercaba y debíamos combatir. Las mujeres cuidaban a los heridos y trataban de alimentarnos con lo poco que encontrábamos. La comida y el agua se hacían más escasos cada vez; comenzamos a contar muertos por hambre y sed. Cada vez éramos menos y nos debilitábamos. Al tomar de nueva cuenta las ciudades el ejército del gobierno, debimos replegarnos hacia los territorios no habitados, donde la vida era más difícil.

Fue entonces cuando, en esa situación tan desesperada, nos planteamos la posibilidad de abandonar la lucha. No porque no creyéramos en ella y en sus ideales, sino porque no queríamos más muertos, ya que todas las vidas que se habían perdido no sirvieron para cambiar la forma de pensar de quien estaba gobernando. Analizamos la posibilidad de rendirnos, pero esto hubiera provocado que, acabada la guerra, los sobrevivientes fuéramos apresados, por esto buscamos salir del territorio del conflicto y presentarnos como refugiados en los países que nos aceptaran.

Trasladarnos fue igualmente difícil. Las condiciones de salubridad eran inconvenientes. Pudimos traer con nosotros pocas de nuestras pertenencias, aunque ya no quedaba mucho. Nos sentíamos desprotegidos porque no sabíamos cuál sería nuestro futuro; incluso carecíamos de un documento que acreditara nuestra existencia, un pasaporte o acta de nacimiento, íbamos a llegar sin identidad, como un grupo de fantasmas a un lugar desconocido.

Cuando llegamos al país donde nos ofrecieron refugio, muchas familias tuvieron que separarse porque sólo había lugar para un determinado número de personas, por lo que decidimos que niños y mujeres aprovecharan esa oportunidad que ya teníamos segura.

Yo perdí a mi familia en ese momento, pero sé que quedaron en mejores condiciones de las que teníamos en nuestro país. Fue muy difícil apartarme de ellos, pero lo tuve que aceptar con la idea de que, cuando termine el conflicto, o yo tenga la oportunidad de garantizarles una buena vida, nos reencontraremos de nuevo.

El segundo país al cual llegué tiene ideales muy diferentes al mío. Aunque mis condiciones no son idénticas a las de sus ciudadanos, he encontrado la ansiada libertad que buscaba cuando se inició la guerra civil de la cual hui. Una vez que me instalé en el refugio que nos otorgaron, la vida me parecía totalmente distinta, no podía creer tanta paz después de lo que viví. Aunque su lengua y sus tradiciones me parecen muy ajenas, he luchado mucho por adaptarme a ellas, por comer lo mismo que ellos y pensar y vivir de forma diferente.

Recuerdo que, al principio, enfrentarme a esta nueva realidad me provocó un miedo indescriptible a lo que no conocía. No quería salir del lugar en el que se encontraban todas las personas con las que había llegado, buscaba la oportunidad de rememorar las tradiciones y la vida pasada; de cierta forma vivía de la nostalgia y pretendía no dejar que lo que aún me quedaba de mi país muriera.

Me costó mucho esfuerzo adaptarme y recuperar una identidad que me permitiera tener un nombre, seguir estudiando, encontrar trabajo y transitar por el país libremente sin ser sospechoso de algún acto indebido. He comenzado a crear una nueva vida, aunque no siempre he encontrado apoyo. Algunas veces, por mi condición, se han cerrado puertas. Las personas piensan que llegué a su país a robarles los lugares o las oportunidades que les pertenecen, aunque estos casos han sido pocos y he logrado progresar a pesar de los obstáculos.

No me he dejado vencer a pesar de lo que me ha pasado. No sé cuánto tiempo durará el conflicto en mi país ni si ganará una buena propuesta que nos permita vivir en libertad, o si las cosas

seguirán igual; lo que quiero ahora es aprovechar la oportunidad de estar en este lugar hasta tener la posibilidad de reencontrarme con mi familia y pensar en volver a nuestra tierra.

Sé que nuestro grupo no es el primero que huye de algo así y tiene que llegar a un país distinto a refugiarse. He escuchado historias de pueblos enteros que han salido de sus hogares con la misma esperanza que yo de volver algún día, y esto no ha sucedido. Por otro lado, existen otros casos en los que los refugiados vuelven a su país después de que se mejoran las condiciones por las que lo abandonaron, recobran su identidad y su forma de vida; se vuelven a sentir parte de una nación.

No cabe duda de que ser refugiado, aunque tengas las mejores condiciones para vivir, es una etiqueta con la cual te identifican en todos los lugares a los que vas y siempre te hará sentir extranjero y fuera de lugar. Siempre recordarás que no perteneces al lugar en que te encuentras, que dejaste un pasado que pretendías cambiar, y en tu mente siempre estará el anhelo del pasado o el regreso a casa.

En este momento intento que mi condición de refugiado, y con este relato, mi historia logre modificar un poco lo que pasa en mi país, ya que anhelo profundamente regresar a casa, formar una familia y vivir conforme a las tradiciones que conozco, pero sin guerras ni obstáculos a la libertad, y con todas las condiciones humanas necesarias para una vida plena. Ser refugiado fue una decisión difícil, pero también lo es superar el constante deseo de dejar de serlo. Cada campamento y refugio es una nación fracturada con deseos de paz y de sentirse parte de la tierra que habita.

Ilusiones*

Diana Godoy Reyes

—¡Súbase! —me gritó el señor Santiago cinco segundos después de contratarme en la frontera sur, entre Chiapas y Guatemala—. ¡Chamaco! ¿Quiere trabajar o va a estar de *huevón*? ¡Súbase ya!

A pesar de la agresividad y desesperación en sus palabras, pude encontrar en ellas un sentido de felicidad. Sí, felicidad. Nadie, en ningún momento de mi corto pasado, se preocuparía por esperar a otra persona sin algún interés de por medio. Sólo buscaban para sí mismos o intentaban proteger a alguien; pero siempre hay gente buena.

Mi país estaba en crisis. La gente se agarraba a palos con el ejército porque no estaban contentos con el gobierno; tenía miedo, pero se dejaba llevar por la ilusión de una vida mejor. Yo no sé si creer en eso. Perdí a mi hermana y esos puercos mataron a mis padres... Dice la señora de los tamales que soy demasiado joven para ver la vida como si fuera un anciano decrepito, de-cré-pi-to... No sé qué es eso, pero me suena a tonto. ¡Yo no soy tonto! Pero sí me siento como un anciano.

Hace mucho tiempo que salí de Chile. Como pude, llegué a México. La gente aquí es amable con los niños como yo, pero hay otras personas que se ensañan con uno, nos explotan y nos dan de comer repochito. Extraño la comida de mi mamá, los gritos de Sofía cuando le querían dar té en lugar de leche, porque no teníamos dinero...

Mi papá siempre decía que en el norte le iba a ir mejor que si se quedaba en Chile. Nosotros vivíamos en Aconcagua, como a unos 5 km del edificio municipal de San Esteban. Todavía me

* Cuento ganador del tercer lugar en la categoría de 15 a 16 años.

acuerdo de ese día. No tiene mucho, fue hace un año, el miércoles 31 de junio de 1968. Lo recuerdo perfectamente. Un montón de gente estaba inquieta afuera de sus casas, haciendo ruidos molestos, cuando llegaron unos camiones del Senado con personas dispuestas a todo, según decía mi papá cuando se soltó la huelga; creo que a eso le llamaron la Revuelta de San Miguel. Yo no me acuerdo bien de eso, lo único que sé es que, a partir de ese día, todo fue de mal en peor. Las huelgas salieron de una en una, los comunistas y los campesinos eran palabras diarias. Había veces en las que se decía que se desataría una guerra. Mi papá decía que ya tenía mucho tiempo desde que se intentó hacer un cambio. Me acuerdo de que, cuando platicaba con mi mamá, siempre les echaba la culpa a los cubanos; otras veces decía que era culpa del Partido Socialista. Él creía que sería mejor si se iba al norte. Pero nunca pudo llevarnos. Lo mataron antes.

Cuando las cosas estaban de verdad gruesas, los guerrilleros empezaron a juntar gente para la lucha. A veces iban con palabrerías; otras, nada más te sacaban a golpes y tenías que ir, aunque no quisieras. Entonces nos tocó a nosotros. No me acuerdo bien de ese día. Jesús, mi compañero de viajes —él me trajo a México—, decía que olvidé casi todo como un mecanismo de defensa. No sé qué es eso, pero pienso que hay un ser malo adentro de mí, porque cuando lo dejé en Guatemala le quité su dinero y los zapatos bonitos que venía cuidando desde que lo encontré en Perú.

Creo que no me doy a entender. Debería empezar desde el principio. Los problemas en mi país estaban difíciles, pero la actitud conservadora de mi papá nos llevó a la *chingada*. Cuando fueron por nosotros, él se quiso hacer el valiente. Tenía una comunicación especial con mi mamá, porque nada más se vieron a los ojos y nos aventó atrás de las cajas de licor que él vendía de contrabando en la cantina de San Esteban. Me da miedo pensar que ésa fue la última vez que los vi. Recuerdo que mi mamá tenía ese vestido rosa que le regalamos en su cumpleaños. Ella me dijo:

—Pon atención, no importa lo que pase... —bajó la voz y me agarró del pelo, como cuando me acurrucaba en su cama para que me pudiera dormir. Tenía ganas de llorar, igual que yo y la asustada Sofía, mi hermana— ...recuerda que los sueños a veces

sólo se cumplen para algunos, hijo. Tal vez nunca encuentres un lugar donde puedas estar seguro y en paz pero, por favor, nunca, ¡nunca!, olvides que debes luchar por lo que quieres y defender lo que crees, Mateo. Cuida a tu hermana, protégete. Nunca nos olvides. Los amo, hijos.

Trató de sonreírnos, pero la única expresión que salió de su rostro fue de completo terror. Me abracé bien fuerte a Sofía en lo que ella lloraba en silencio. Yo la apretaba a mi pecho mientras nos quedamos escuchando cómo tiraban las cosas, los muebles. Escuchamos cómo golpeaban a mi papá y violaban a mi mamá. Nos quedamos así hasta que sólo quedaron dos cuerpos en el suelo. Ahí perdí mi infancia. Cuando veo a los niños de aquí, me da un montón de envidia; ellos van a jugar después de la escuela y yo tengo que ir con el señor Santiago a repartir carne; ellos tienen a sus papás y son bien malcriados, pero no me quejo. Tengo a Karla, la hija chica de mi jefe. Yo le gustó, nada más que se hace del rogar. Yo ya le dije que cuando me haga rico me caso con ella, pero nada más se chivea y no me dice nada. Me recuerda a mi mamá, tiene los mismos ojos; bueno, eso es lo único, pero aun así es bonita.

Dice Karla que soy valiente por atravesar tantos países yo solo, pero no; tuve suerte. La suerte siempre me acompaña como un chicle en el zapato. Quisiera regalarle un poquito a todos los que están conmigo: al señor Santiago para que abra su tienda de abarrotes, que, según su esposa, es buen negocio; un poco a mi hermana que se quiso juntar con un vejete de 40 años, nada más porque le prometió dinero y dizque la iba a llevar a Disneyland. Para mí que la quería para una tasca, pero la mensa se escapó de noche y nada más me dejó una notita que decía: "Vuelvo". ¿De dónde?, me pregunté cuando la leí. Quise buscarla, pero se la tragó la tierra. Además, se portó bien grosera cuando le dije que no era de fiar ese hombre gordo. Ojalá esté bien.

Siento ganas de llorar, pero los niños no lloran. ¡No! Los hombres no lloran. Porque yo soy un hombre. Porque recorrí muchos países, aunque no tomé fotos ni visité lugares bonitos, ni saludé a nadie. ¡Pero me subí a un montón de trenes, camiones, bicicletas,

carrozas, hasta en un burro! Comí de todo, ¡de todo! Cosas que las mujeres desesperadas le daban a Jesús porque se veía fuerte.

Me encontré con él cuando estaba saliendo de una casa grande. Un viejo lo golpeaba afuera de su casa. La mujer que estaba adentro empezó a llorar cuando su esposo le decía de cosas y la amenazaba con quitarle a sus hijos. Después le aventaron su ropa desde el segundo piso, era una casa bien grandota. Él se puso a llorar y, cuando terminó de vestirse, se me quedó viendo.

—¿Cómo te llamas?

—Mateo —le contesté—. ¿Por qué te pegaba ese viejo?

—Percances del negocio —nunca entendí lo que me decía—. Yo quiero salir de aquí e irme a Estados Unidos, o ya a México de perdida. Dicen que ahí hay muchachas bien lindas. Me llamo Jesús. ¿Y tus papás? Ya es tarde, te han de estar buscando.

—Estoy solo.

—¿Solo?

—Vengo de Chile.

Me miró con cariño, así como mi papá me miraba cuando le decía lo que iba a hacer cuando me fuera al norte. Ésa era mi primera noche en Perú. Él me llevó a su casa, que estaba chiquita y fea, me dio carne quemada y una colchoneta para que me durmiera. Me dijo que nos iríamos al norte. “Es un buen tipo”, me dije. A la mañana siguiente, él tomó sus cosas y nos fuimos. Él guardaba mucho una chamarra negra y unos zapatos que, según decía, lo convertirían en un “don Juan” cuando llegáramos al norte. Yo se los quité cuando se quiso pasar de listo el desgraciado.

Jesús era poeta. Decía que estaba cansado de reír cuando tenía ganas de llorar; que el negocio femenino era el mejor del mundo, porque sacabas provecho de dos formas: primero el dinero y después el placer. Nunca entendí eso. Nunca vi el placer. Por ejemplo, cuando llegamos en tren a Colombia, él se empezó a rejuntrar con una señora rica, de ésas que se bañan a diario. No sé qué le hizo la mujer, pero se encerraron en un cuarto chiquito y creo que le empezó a pegar duro a la señora, porque se oían gritos feos. Seguro le dolió mucho, porque cuando se fue de ahí, le dio un montón de dinero a Jesús para que ya no le pegara otra vez, digo yo.

Jesús hacía mucho eso. Les pegaba a las mujeres —y algunas veces a los hombres también— y, para que los dejara en paz, le daban dinero. Una noche llegó borracho. Estábamos en un hotel porque le había ido “bien” esa semana y empezó a decirme que era lindo. Estábamos cerca de México, en Guatemala. Él decía que era mi hermano mayor y siempre sacaba documentos falsos para llegar a otro país. No sé cómo hacía eso. Esa noche empezó a quitarme la ropa y a besarme “ahí”. Me dio miedo, porque se sentía raro. Yo no sabía si era malo o no, entonces me dejé. Dijo que estaba feliz de ser mi “primero”. Cuando se iba a quitar el pantalón, se quedó dormido.

Mi corazón palpitaba rápido, pero se me quitó cuando me metí a bañar con agua fría, porque tenía mucho calor. Me dio miedo, ya no le tenía la misma confianza, así que agarré todo que me pareció más valioso y, en la madrugada, me acerqué a México.

En la tarde me encontré al señor Santiago. Estaba recogiendo unas cosas ahí, en Guatemala, y se regresaba a México, por lo que entendí de la plática que tenía con otro señor gordo. Dijo que necesitaba gente trabajadora y, como yo era bien trabajador, interrumpí su plática y le dije todo lo que sabía hacer. Le dije que venía de Chile. Después me preguntó por mis papás y, cuando le dije la verdad, se puso todo serio y me subió a su camioneta. A los de la policía les dijo que era su hijo, les dio 100 pesos, que era mucho dinero, y me dejaron pasar.

Aquí hace mucho calor y hay mucha selva. Me gusta porque me recuerda mi casa. Trabajo todos los días en la tarde porque la esposa del señor Santiago me mandó a la escuela, y los domingos hay que ir a la iglesia. Los señores no son de aquí, dicen que vienen del D. F., que algún día regresaremos ahí para que me case con Karla y haga mi familia bien, como dios manda.

Ellos son como mi familia. Me dieron permiso de llamarles “papá y mamá”, pero yo ya tengo papás, así que les digo: señor Santiago y señora, así, a secas. Ellos me están ayudando mucho. Me hacen pensar que el norte sí es bueno, porque la gente se cuida, se saluda y se cuentan sus cosas, como si fueran una familia grandota. Me gusta este país, pero aun así no puedo olvidar Chile. Espero regresar algún día con mi esposa Karla y mis dos hijos que voy

a tener. Voy a buscar a mi hermana y me la voy a traer. Voy a ser feliz, por mi mamá. Para que vea que tal vez los sueños no se cumplen, pero las ilusiones, sí.

Mateo
31 de mayo de 1969

¿Y si yo fuera una persona refugiada? Comenzar de nuevo en otro país...*

María Luisa Pérez Ascacio

Narcisse es un joven refugiado de Colombia. Ha vivido la mayor parte de su vida en un pequeño departamento que comparte con otra familia de refugiados en México. Su familia, junto con millones de personas, huyó de Colombia para escapar de la guerra civil, pero cuando la guerra finalice y haya paz en su país, la familia de Narcisse volverá a él, al menos ése es su sueño: volver al país que lo vio nacer.

Volver a casa en un camión... junto con sus padres, dos hermanos y un primo. Pero Narcisse recordaba su experiencia de refugiado en México, un país al que su padre decidió traerlos para escapar de las amenazas, matanzas y violencia, para salvar su vida y la de sus hijos. La familia se vio forzada a dejar su tranquilo hogar porque su país se había convertido en campo de batalla entre paramilitares y guerrilleros.

Para Narcisse y su familia el cambio fue muy drástico, pues su padre pasó de ser un exitoso ingeniero a un vendedor de baratijas en las calles, quien diariamente se enfrentaba a represalias, insultos y discriminaciones de sus competidores, que al ver su aspecto, color de piel y que no pronunciaba bien el español, constantemente lo golpeaban y asaltaban. Aunque deseara poner alguna queja, no era escuchado por la simple razón de ser refugiado. Sin trabajo estable, le era muy difícil mantener a su familia y, a veces, tenían que recurrir a la caridad de sus vecinos para sobrevivir.

En el lugar que se les había asignado para vivir, constantemente escaseaba el agua y la luz. Para obtener estos servicios, tenían que esperar a que las “pipas” que los abastecían de agua llegaran a su

* Cuento ganador del tercer lugar en la categoría de 15 a 16 años.

comunidad, la cual estaba alejada de la ciudad, lo que lo hacía más difícil, por lo que tenían que pasar varios días, incluso semanas, para recibirla.

Su madre tuvo la idea de cocinar y vender frijoles; un éxito entre los colombianos refugiados. Con esto ayudaría en algo a los gastos de la familia y su padre no tendría necesidad de salir y continuar con su venta callejera. Así estuvieron un tiempo, hasta que los vecinos, al ver la prosperidad de la familia, iniciaron la competencia de la venta de frijoles. Con esto, las ventas bajaron y su padre se vio en la necesidad de regresar a su antigua actividad, sólo que ahora, y con las experiencias vividas, tomaba sus precauciones y trataba de ofrecer sus productos en zonas menos conflictivas y alejadas de vendedores que pudieran molestarle con su presencia.

Para Narcisse era muy triste ver a su madre llorar y sentirse angustiada cada vez que su padre salía, pues no tenían un trabajo estable; la gente los veía indiferentes y desconfiados.

Así, la familia de Narcisse logró sobrevivir tres años más...

Narcisse ya contaba con 10 años de edad y debía acudir a la escuela, al igual que sus hermanos y su primo, pero no hablaba español y, por su condición de refugiado, le era muy difícil hacerlo. Una vecina, también refugiada desde hacía ya 20 años, se ofreció a enseñarles a hablar el español para facilitar un poco las cosas.

Cuando el padre de Narcisse logró comunicarse un poco más y entender el español, su vecina lo llevó a una fábrica de pantalones donde lo recomendó y logró obtener un trabajo estable, aunque mal pagado, pues al no contar con papeles de registro que le permitieran trabajar, no podían ofrecerle un sueldo igual al de los otros trabajadores. Como su necesidad era mucha, tuvo que aceptarlo.

Su familia continuó con las clases de español y, al pasar un año, Narcisse y todos ellos pudieron ser reconocidos como refugiados y contar con los papeles necesarios para que los niños entraran a la escuela y su padre consiguiera un mejor sueldo, que aunque no era igual al que tenía en su país, al menos le daba lo necesario para subsistir con su familia.

Narcisse estaba feliz, al igual que sus hermanos y su primo, por asistir a la escuela, pero ahí encontraron otro problema: el

rechazo, la indiferencia y la discriminación, no sólo de sus compañeros, sino de algunos maestros, quienes al ver su condición, los trataban mal.

Eso no les importó a Narcisse ni a sus hermanos, quienes acudían diariamente a tomar sus clases y trataban de no hacer caso a las burlas y discriminaciones de que eran objeto en la escuela. Su única meta era superarse y soñar con volver algún día a su país, del que habían huido en busca de una mejor vida, sin pensar en las dificultades a las que tendrían que enfrentarse para sobrevivir.

Cada vez que tenía esas malas experiencias, recordaba las palabras de su padre cuando le contaba que era aún más difícil pensar qué habría pasado si se hubieran quedado en su país y si a alguno lo hubieran enrolado en algún grupo armado: “Te obligan a matar. Ves matar delante de ti. Ves cortar cabezas. Te obligan a transportarlas. Te obligan a dormir junto a los cadáveres para quitarte el miedo. Te convierten en toxicómano. Lo hacen porque esto te da fuerza para cumplir sus deseos, los deseos de los que quieren dominar”.

La vida para la familia no fue fácil y menos aún para los jóvenes, quienes tenían que lidiar diariamente con las burlas de sus compañeros. Pasaron los años y lograron concluir sus primeros estudios, los padres de Narcisse observaron que él, especialmente, presentaba gran interés por aprender y superarse, por lo que siguieron apoyándolo y sacrificándose aún más para que pudiera tener mejores oportunidades que las que ellos habían perdido al llegar a este país.

Narcisse continuó aprendiendo y, al cumplir 24 años, ya estaba por terminar la carrera de ingeniería, igual que la de su padre. Llegó el día de su graduación y, por haber obtenidos las máximas calificaciones, tuvo el privilegio de dirigir un mensaje a todos los asistentes.

Su tema era la superación personal y habló de las dificultades que atravesaban en su país y de qué manera estos conflictos ocasionaron el desplazamiento de su familia, los sacrificios que tuvieron que realizar sus padres en beneficio de él y de sus hermanos y el por qué había escogido la misma carrera que su padre, al llegar a este país, había perdido. Este país, al que su padre había

escogido como mejor opción para volver a comenzar una nueva vida para él y su familia, los había recibido con indiferencia, desconfianza y discriminación pero, a pesar de todo, su padre había logrado sacarlos adelante y hacer de ellos algo mejor que guerrilleros o asesinos.

Su discurso fue aplaudido por todos los presentes y tomado como ejemplo de los pocos estudiantes que logran sobresalir a pesar de las grandes dificultades que se presentan en su camino, y más aun en su caso, por ser refugiado.

Continuaron los años y Narcisse consiguió un buen empleo como ingeniero en una prestigiada empresa del país, compró nueva casa para toda su familia y apoyó a sus hermanos y primos para que siguieran estudiando.

Su padre continuó en la misma fábrica, pero con mejores prestaciones. Ya no era reconocido como refugiado, sus compañeros lo respetaban y tomaban como ejemplo de lucha y sacrificio por su familia. Pero el sueño de Narcisse aún no terminaba. Por fin los conflictos en su país terminaron y tanto él como su familia ansiaban regresar a su tierra natal.

Por fin llegó el día en que Narcisse y su familia verían realizar su sueño. Cuando llegaron, vieron cómo gran parte de su pueblo había sido destruido durante la guerra. Ahora las casas habían sido reconstruidas, tenían mejores escuelas y mejores condiciones de vida.

Ahora vive en su país, donde ha iniciado un campamento para refugiados, donde cuentan con casas adecuadas para vivir, escuelas y, sobre todo, reciben a los extranjeros y los consideran parte de su cultura, de su gente, pues recuerda su amarga experiencia de cuando él fue refugiado en otro país.

Espera no tener que huir de nuevo. Quiere aprender aún más de lo que pueda. Y, quizás, regrese algún día al país que lo recibió como refugiado y del cual también aprendió.

Tiempo, detente*

Marianna Cañez Cardona

Tan bonitas... de sólo verlas, sentía ganas de reír. Ahí, las dos juntas, como haciéndose compañía, estaban hermosas aquellas dos rosas del jardín en casa de la abuela, a las que mamá cuidaba celosamente. No sé cómo hizo para que, desde Bogotá hasta Córdoba, hayan quedado sin un rasguño en un viaje tremendamente largo en auto. Hace tres meses que llegamos. Tres meses que no veo a mi padre, tres meses que salimos de casa dejándolo todo: la familia, los amigos, nuestra vida. Vi escaparse todo de entre mis manos. Lo único que veía seguro en la vida se ha partido en dos y marchado por rumbos opuestos: mis padres. Y no sólo eso se llevaron; he juntado los restos, los recuerdos, he guardado vida en una maleta que, por supuesto, juzgarás demasiado estrecha. Has acertado; me he marchado dejando fuera y contra mi voluntad los últimos doce años.

El miedo se adhirió a mí como una sombra e hizo temblar no sólo mis rodillas, ponía también a tiritar las palabras en decibeles escarpados que de mi boca sabían al hablar de aquello. La poca valentía que se hallaba en lo recóndito de mis esperanzas se contradecía deliberadamente al poner en duda la existencia de la misma. Y no lo negaré, tuve miedo. Me heló hasta los huesos y me hizo pensar que mañana podría no volver a abrir los ojos. No es nada vergonzoso sentir miedo cuando eres carne de cañón en medio de una guerra sorda, o más bien muda e ilógica. La vida que relataban en los diarios día a día, la imagen que vendían al exterior, era una fachada, un espejismo, una cerveza de agua, la punta del iceberg.

* Cuento con mención honorífica en la categoría de 15 a 16 años.

Estoy aquí, pues el universo, el destino y mi madre se han con-fabulado para traerme. El país está convulsionando y el trabajo de mi padre nos pone en riesgo, pero eligió quedarse en el ojo del huracán, a cuidar los bienes materiales, fruto de —según mi madre—, negocios medio feos. Dejó de lado lágrimas, ruegos y reproches de las dos personas que más le aman: mi madre y yo. Dudé incluso de aquel amor y unidad familiar con la que se le llenaba la boca al hablar años atrás. Se ha hecho el sordo en el peor momento; los gritos de mamá, la indiferencia de papá, tal vez las constantes preguntas o la presión de sus misteriosos tratos le hicieron perder la cabeza.

—¡Tú no entiendes, Lidia! Y no es tu asunto entenderlo. Vete si quieres, pero le enseñas a Martina a ser cobarde.

Él dijo que soy cobarde y es cierto, pero duele escucharlo de tu padre. Me saqué mil excusas de la manga y no quiero pensar en lo peor.

La tarde rompió de golpe la noche sobre nosotras. Recogimos nuestras cosas y nos fuimos sin decir palabra, como los recuerdos que, sin avisar, crueles se alejan. Desaparecimos como sombras de su vida, sin decir adiós; seguro está enojado. ¿Nos extrañará? No ha llamado ni una sola vez. Se piensa mucho cuando se está solo, y yo me he puesto a pensar. Mamá sale a trabajar todo el día, olvidándome en casa. Sé que se esfuerza sólo por mí y no sabría cómo pagárselo, pero la soledad cala dentro y te pone a deliberar. La vida parecía tan distante, como si mi cuerpo estuviese en uno de esos globos nevados de Navidad y mi conciencia riera burlona desde fuera. La apatía no es buena consejera, pero fue ella quien lleno todas mis horas. Incluso a veces traía consigo compañeras: la nostalgia, banal fiebre sin cura, y la atroz melancolía, que juntas charlaban conmigo por las tardes en una fiesta de té. Sin embargo, era mi madre su víctima favorita, pues llenaban su itinerario de llanto y remordimiento.

Aquella madrugada sofocante el calendario marcaba ya seis meses y ninguna llamada; no tenía caso sin interés en nosotras. Vivíamos deseosas de algún ¿cómo estás?, algún gesto que llenase los huecos. Me dolió no haberme equivocado al decir que ahí todo terminaba; seguro la pasaba muy bien con la casa no preci-

samente vacía. Él era así, engañoso. ¿Cómo olvidar las dos formas de vida con las que compartías los mejores aspectos de vivir? Las lágrimas amargas, de incertidumbre llenas, que de mamá caían, aun silenciosas me parecían sonoros alaridos de dolor rompiendo una a una las vigas que su voluntad sostenían; en comparación, sosegados se oían los relámpagos que crueles quemaron hasta el centro de su corazón, que escuchaba a través de la pared. Su llanto húmedo caía desmedido en el parquet al pie de la cama, en la habitación principal en casa de la abuela, nuestro hogar provincial, mientras aguardábamos para que en el norte no nos encontraran. Estruendoso el dolor de mi madre, fue superado repentinamente por un potente trueno en las cercanías. El horrible eco taladraba mi valor y retumbaba en mi cabeza, poniendo a temblar mis manos y a hormiguar el cuerpo. Traté de ignorarlo, pero una segunda explosión interrumpió mi concentración. Mi madre, con una desgarradora media voz, me llamó a su lado. La obedecí sin titubeos. Con rapidez corrí por el pasillo y atravesé la puerta para abrazarla sobre la cama, convertida en lago salado que ahora el miedo se disponía a secar. Nuestra angustia, los estallidos interminables y el sacudirse de la casa hicieron grietas en la pared, y pequeños agujeros redondeados hacían coro con estruendo menor, acallado por el eco de esa sinfonía de guerra que cantaba la vida para nosotras. Mamá se arrojó al suelo llevándome consigo. Con firmeza fingida, cubrió mis oídos con sus manos temblorosas y frías, pero la barrera que creaba con ellas no bastaban para enmudecer los rugidos del sanguinario campo de batalla que se prolongaba al punto de hacerme creer que sería ése mi último aliento. Las vibraciones aterradoras se extendieron irrealmente y de manera errática, como si la tierra fuese a partirse en dos y a devorar la civilización conocida. Elevé una plegaria rogando por que se detuviera y, al terminar de pronunciar esas palabras, el silencio cayó como una cortina de acero de mil kilos sobre la escena y después, nada...

Mamá me soltó y se levantó despacio. Su expresión era proporcional a aquella imagen: los muros, las paredes a nivel de las ventanas parecían haber sido perforadas con facilidad por pequeñas varillas de metal y golpeadas con martillos industriales o haber

sido volados con dinamita. Al pasar los minutos me puse de pie y recorrimos la casa. Los muebles, los pisos, los cuadros, todo hecho añicos por los agujeros; evidencia a medias de aquella nueva vida, y ahora esto. Restos, sombras, recuerdos, ecos, nuestros latidos acelerados; rafaguearon la casa ¿a dónde iríamos? No había más flores que, espontáneamente, me hiciesen sonreír. Desde el jardín, toda la vista pintaba el retrato de lo que quedó: caos, miedo, testigos de la despiadada e inescrupulosa ambición inhumana que azotó algunas casas a la redonda y, como si se tratase de una cosa sencilla, una lluvia de balas me dejó sin hogar, llevándose varias vidas de la mano. Rezaba un llanto aún más amargo que el que pudiera llorar jamás. El insondable aullido lastimero de la desolación hacía erizar mi piel y estremecer mi cuerpo con un nudo en la garganta; la boca seca, cubierta de polvo, carente de futuro y con la incertidumbre tatuada en el rostro. Me uní a su canto lacrimógeno sin reprimir sentimientos ni medir la preocupación asesina. Lloré bien, como quien realmente lo ha perdido todo, me ahogué en un vaso de agua. Si pensaba que antes estaba mal... ¡lo que daría por volver el tiempo y evitar presenciar la masacre de la que fuimos testigos aquella noche en que lloró Colombia al ver morir a sus hijos! Yo sólo agradecí al cielo por mantenernos con vida

Miserable y derrotada desperté en los brazos de mi madre, como solía acunarme en mi infancia cuando lloraba por las noches; esta vez eran diferentes las circunstancias, pero agradezco a dios por tener sus manos con el mismo efecto lenitivo en mí. Sólo eso quedó. Tanto ella como yo, vacías por dentro, huecas como botellas de vidrio, deambulamos por la zona devastada, en busca de respuestas. A lo lejos se oían sirenas de alarma, parecidas al llanto de anoche. Lloraban ruidosas, perturbadoras; las camionetas rojas con negro nos llevaron a un albergue, nos reubicarían en otro país.

Dijeron que no habría de qué preocuparse. No les creí y no me sorprendió. Tras girar la vida 180 grados, ya nadie te baja la luna con una escalera; llámame pesimista, pero ¿qué más podría pensar?

Mi nación, mi casa, mi familia, mis cosas, mis recuerdos, mi padre; todo lo he dejado, todo se lo ha llevado el viento. Una vez más llené con mi vida una maleta y, silenciosos nuestros pasos, nos di-

rigimos al mañana; no sé por qué a México, pero teníamos la idea de que sería ésa nuestra salida. Con mamá siempre a mi lado; fue ella el más fuerte pilar que nos mantuvo a ambas de pie y con esperanzas de seguir, aunque tuviésemos el cuerpo cansado y el alma desgastada por las lágrimas; es la guerrera que llora, pero nunca se rinde. Ha sido mi fuerza, mi hogar, mi padre y mi madre.

Más que cansadas de vivir vulnerables en medio de dos trincheras, ambas con la orden de “fuego a discreción” y las dos útiles a modo de escudo humano, y no necesariamente en sentido figurado, con lágrimas en el bolsillo y problemas que no valdría la pena contarte, nos marchamos a buscar un nuevo hogar en México, en agosto de 2013.

Resulta extraño imaginar que Blaise Pascal cavilara alguna vez: “el tiempo lo cura todo, porque cambiamos, pues ya no somos la misma persona”. Eso dijo, lleno de razón, en Francia, pero años después, en Chile, mi amigo de conversaciones mudas, Neruda, hizo uso del plagio con belleza de pensamiento en aquel legendario, y si su presencia en el viento me permite citar: “Nosotros, los de entonces, ya no somos los mismos”, corren por mi sangre sus palabras que relataron en tiempos paralelos mi historia. La enramada que ha tejido la vida para nosotras; el recuento de los momentos buenos que quedaron del año: encuentros y desencuentros, amigos, libros, café, videos, sonrisas, trabajo, estudio, enfados, perdones, más café y un largo etcétera; valdría también contar la dualidad del destino en un mismo año: momentos tristes, mil vueltas, cambios, mi padre, de Bogotá a Córdoba, de todo a nada, quince cartuchos de bala vacíos, miedo, silencios, ausencia, de Córdoba a Monterrey, México, y todo de nuevo, empezar de cero, pero con la cabeza erguida y sin mirar atrás. Ha sido difícil, por supuesto, a kilómetros de mi amada Colombia y completamente solas, pero si me encontrara a mí misma en aquella situación, una vez más tomaría, una y mil veces, esta decisión, es lo mejor. Papá está lejos y es lo mejor, también, aunque duela decirlo, como todo con respecto a él.

Tu país nos ha tendido la mano. Pasamos los primeros días y noches entre paredes de hotel. Se prolongó el tiempo y se cumplieron meses. Mamá gastó de golpe los abundantes fondos de

su cuenta de banco; compró una casa más o menos decente (a comparación con nuestra propiedad en Colombia), ubicada en una zona “bien” en Monterrey, Nuevo León.

Debo decir que me ha gustado mucho, me ha sacado inspiración. Es México una parábola del mundo unida en un solo punto. A cualquier sitio que mire, existe cultura, historia y leyendas esparcidas en la tierra, en sus muros y todos sus hijos, impregnados de vivencias valiosas, como verter oro sobre ellos, visible solamente a los ojos de quien sabe dónde mirar. La verdad es que me ha enamorado. Los lunes por la mañana, en todos los planteles escolares, las cornetas, los tambores y los coros al unísono mantienen siempre presente en la cabeza de su raza, cómo es que hace algún tiempo quienes pensaron en algo mejor para el futuro, lucharon incansables por la libertad. El estallido auditivo de los tambores en las bandas de guerra, acompañados por las cornetas, comandados por el sargento, me hace estremecer y sentir latir fuerte el corazón. Esta emoción, impropia del extranjero, al colisionar las vaquetas con la superficie del instrumento de percusión, es para mí un deleite al ver marchar a los cadetes del colegio militar, escoltando el blasón con pasos firmes y precisos. Pararme tempranísimo un día a la semana, el toque de bandera en septiembre con los respectivos respetos, y no solamente eso; la gente cálida te considera su familia al conocerte apenas un poco, es tu patria una lección de perspectiva, ensordecedora llora la tempestad, pero al mirar alrededor encuentras que siempre hay gente buena y que dentro de la caja aún queda esperanza.

Creo que he nacido en el lugar equivocado y ruego perdón a mi nación divina que todavía me hace un hueco en el alma; pero tú, que se te desborda de las manos todo lo que admiro hoy, yo te envidio, y no me avergüenzo de pintarme del color del jade, porque dentro de ti vive el legado, el paisaje, el alma. Eres tú esto que me hace sentir celosa, me hace vivir el patriotismo de la que no es mi patria, pero tú tienes el linaje y me duele que cierres los ojos y te sigas de largo, que este amor por la tierra sea algo cotidiano, algo implícito en ti, que no logre emocionarte. Por favor, despierta y pon bien alto su nombre. No te quedes en el suelo

al tropezar, ve siempre hacia el mañana y así todos sabrán quién eres, y cuando mires atrás, te sentirás orgulloso.

Yo me he preparado; tengo una licenciatura en letras, soy maestra y autora de dos libros. Vivo con mi mamá; somos felices. Hace ya veintiún años que no vuelvo a Colombia y no he de volver. Una parte de mí quiere regresar, pero aquí tengo mi vida. Más años fuera que dentro. No miraré atrás para escuchar el eco de mi voz rezando: “Tiempo, detente. El mundo se quiebra entre mis manos. Viento, detente, librame, sálvame y no te alejes”. Aún me atrapan las remembranzas, nos dejaron agujeros en el pecho, pero me alegro porque sé que en la vida siempre habrá una bendición de sobra, una ventana abierta; siempre quedará en el cielo alguna estrella, la única razón de vivir; es el sencillo deseo de seguir con vida, de caminar con el alma en pie, aun a mil kilómetros lejos del hogar, con el sol como única guía, llevando en la piel el pendón de libertad al que nadie ha impuesto ley y, si queda tiempo, guardar en bolsas las sonrisas que se hayan caído en el camino de vuelta a casa.

Cartas, recuerdos y un expreso*

Arely Alicia Valdés Rodríguez

El sol ha vuelto a ocultarse tras las frondosas nubes grises que no se van, que no dejan caer agua, que están ahí, limitándose a existir, a flotar tristes sobre el cielo matutino y nocturno; solo ahí, flotando como fantasmas de difuntos que amaron demasiado la vida como para partir tan fácil al lado de la muerte. De gris claro, ya oscuro, a veces casi negro, en ocasiones disuelto, puedes verlas redondas y pomposas, o fragmentadas y borrosas, quizá diáfanas, quizá.

Aquí me dicen que es tan solo el anuncio del invierno inminente, crudo y frío. Y los ves prepararse, sacar los suéteres, chaquetas y chamarras del fondo del armario; o los ves que van y se surten a los innumerables supermercados de comida para preparar y comer caliente. Hay unos que caminan presuntuosos con sus cafés de marca por las aceras de la ciudad, echando bocanadas de aire helado que llenan de más fantasmas de vaho el ambiente. Si te quedas mucho tiempo en la sombra, te empiezas a entumecer, y ni hablar del sol, ése ha vivido escondido de todos nosotros las últimas semanas. Y lo extraño; también te extraño a ti, mi sol, mi vida, mi verano, mi calor, mi energía, mis ganas de refulgir y de correr. ¡Nada como tú! ¡Ni como el Sol de mi tierra!

Pensar en ustedes me pone melancólico. Ahora tan sólo suma los nubarrones que pueblan el cielo... y todo se vuelve más triste. Qué ganas de salir a caminar contigo, de ir a tomarnos un jugo recién hecho, de andar bajo la sombra fresca de los árboles, de buscar rocas lisas en el suelo, de exponernos al astro rey todo el día; ganas de colgarnos de la hamaca, abrazados, disfrutando sin nada que temer. Pero ya ves, amor, aquí sigo, metido en esta ofici-

* Cuento ganador del primer lugar en la categoría de 17 a 18 años.

na de cuatro por cuatro viviendo con algo que llaman café, pero que sabe a diablos, nada puro ni de verdad. Me ofrecen comida recalentada en microondas, o emparedados fríos hechos sin amor, de esos productos congelados importados que tanto odias. ¡Ay, pequeña de mi alma! Si tan sólo supieras... diario viene un hombre de corbata a entrevistarme, siempre uno diferente, siempre las mismas preguntas: ¿le tratan bien?, ¿cómo se encuentra? Dígame, ¿cómo ocurrió todo esto? ¿Casado, divorciado o soltero? ¿Padre de familia? ¿Quiénes dependen de usted? Ya verá, ya verá, pronto todo estará en orden; una casita y un buen trabajo. No podemos permitirle de momento que salga. ¿Volver, dice? Lo veo difícil; la situación sigue negra. ¿La chica? ¡Ah, la chica! No, hombre, ya sabe que somos los primeros en enterarnos de todo, ya sabríamos algo y se lo hubiésemos comunicado. ¿No se lo ofrece nada más? Estamos para ayudarlo, le veo después, que siga bien, pase bonita mañana/tarde/noche. Así está la cosa por aquí, cariño. No me dicen nada de ti ni de mis padres. Y es cansado estar esperando siempre, en una salita, los mismos sillones, los mismos cuadros, las mismas personas, los mismos fantasmas en el cielo. Supongo que si estoy metido en estos líos, es porque yo mismo me lo busqué; si no tuviera tanta sandez en la cabeza, no hubiera pasado nada. Seguro al cien por ciento. El problema del asunto es que, repararlo, ya no puedo; retractarme, tampoco. Solamente enfrentar las consecuencias de lo que hice. No me gustaría saber que te lamentas o que te preocupas por mí, por acá todo está tan enrollado, que ni yo sé de ti ni tú de mí y me pongo malo, cariño; me pongo malo: de nervios, loco, en trance, histérico, desesperado. ¿Dónde andarás? ¿Con quién estarás? ¿Cómo estarás? ¿Seguirán tus manos igual de sofisticadas y suaves que siempre? Ay, amor. Me hacen falta tus caricias y tus besos, tus regaños de cuando ando metido en aprietos y toda clase de problemas de todos tamaños, tu comida tan rica, tu risa tan alegre, tus ojitos tan vivarachos. Ay, ay, ¿quién estará viendo ahora los ojos que tanto amo? Ni una foto tuya tengo aquí. Esta gente me salvó, me salvó, sí, me sacó de mi tierra y me ayudó, me reconcilió y me refugió cuando me creía perdido. Pero me vine sin nada. Me vine sin ti. Ni un saquito de café de a de veras me traje. Nomás llegué aquí con la cabeza arrebolada

de imágenes confusas, ya ves. Los golpes y los ruidos, el fuego y las muchas noches sin dormir así lo dejan a uno. Pero yo hice lo que tenía que hacer. Defender a mi pueblo, dar la cara, apoyarlos, liderarlos, poner la mano dura y fuerte cuando alguien quisiera pasarse de listo con mi gente y volver a mandarnos a un rincón, a ése a donde mandan a todos los desplazados. “¡Shu, shu!, fuera de aquí, tu lugar aquí no está, hazte para allá, a un lado, a un lado, ya no cabes”, nos dijeron, disfrazando pobremente sus palabras con excusas que a nosotros nos sabían amargas. Pero nosotros de sobra veíamos que ni voz ni voto, privación de libertad y barrabasadas de esas era lo que decían sin decirlo de verdad. ¡No nació ayer! Y ya ves, cariño, se me metió una idea en la cabeza, y como siempre decías que era muy terco, pues ahí está la prueba más contundente: mi necesidad me trajo acá.

Estar de cabeza en embrollos de esos, es sabido que, como trae cosas buenas, las trae malas. Los de arriba dirían: “búsquenlo, mántenlo; si es la cabeza, queremos la de él”. Por eso las amenazas y los ataques al lugarcito tuyo y mío y de los otros, y luego al de la tía. ¡Ah, qué pena con ella! Mucha violencia de la que fuimos y fueron víctimas. Y tan bonita casita en la que vivía... Tan preciosos modales y tan amable ella. Y ahí voy yo, a meterme a su lugarcito lleno de macetas y con olor a hierbas, a meterte, a meterla, a volverlas blanco también de todas las negligencias de las que estuve siendo objeto durante una larga temporada por mis grandes esfuerzos de ver realizados los dulces ideales míos, tuyos, de ella, de nuestra gente; bien ricos, fuertes, abrumadores, que dan energía, que despiertan, así, justo como el café.

Habrías de verme aquí, con el vaso de plástico y el café de a mentiras, metido en este rincón, procurándome calor, porque todo está que hiela. Una amable muchachita que anda en las mismas que yo —nada de celos, sabes que te quiero a ti y que las niñas no me van, que tú eres y serás para mí siempre la única— se ha hecho buena amiga mía. También abandonó su país, no trae familia y, pues, ya ves, dos soledades se sienten menos que una. Ella me ha dado la buena idea de escribirte, y aquí me ves haciéndolo. ¡Y qué tantísimas cosas que pudiera yo contar! Por ejemplo, cariño, te reirías por montones si los escucharas hablar, el acento que

tienen es muy cómico, ya varios meses aquí y aún se me escapan las sonrisas con sus frases cantaditas y sus palabras cortadas, anglicismos, modismos y neologismos a rebosar. ¡Y me dicen a mí que yo soy el que habla raro! Si raro es sinónimo de único, de buen talante lo acepto. Aquí así me siento, con todas esas miradas que me echan, curiosas, como si con un solo vistazo se inventaran mi nombre, mi pasado, mis futuro, una historia de trifulcas y éxitos. Acá en las oficinas no lo hacen tanto como en la calle, a donde me llevan a conocer de vez en cuando. Acá adentro son tolerantes y te tratan bien, normal, si prejuicios ni malos tiros, pero te tengo que decir, amor, que hay veces en que me cuesta trabajo creerles las sonrisas y las palabras amables, como si todos esos ánimos serviciales fueran meramente fingidos, rutinarios, como si yo fuera una persona más de las muchas que seguramente han ayudado o atendido. O qué sé yo. Seguro son inventos míos, alguna cosilla descompuesta ya en mi cabeza, aburrida, cansada de la repetición invariable de cada día, que te extraña, que quiere una buena comida, que te quiere aquí. Sí, sí, para llevarte a que veas todas las tiendas esas de ropa, te encantarían. Me hubiera gustado poder comprarte algo bien bonito, y me da pena decirlo, ni un centavo tengo aquí conmigo, y las mujeres ésas de las tiendas, con su cara de morro de cerdo, creyéndose que son el ombligo del mundo, igual que allá, que no te aguantan como eres o lo que vistes o en lo que crees, y por eso hay que alzar la nariz y ponerse pesados. Si las personas no fueran así... Yo no hubiera armado revolución ni tampoco estaría aquí sin ti. Créeme que de la amplia gama de dolores posibles a sufrir en un solo cuerpo, el no tenerte a mi lado es el más horrendo de todos, es como un castigo, directamente sacado de la *Divina comedia*, a ver si así escarmiento y paro de pecar de terco y testarudo.

¡Ah! ¿Te acuerdas de esas naves que surcaban el cielo limpio de nubes? ¡Adivina! Para traerme hasta acá, me han hecho subir en uno de esos famosos aviones. Lo quieren hacer ver como algo magnífico, pero realmente es como un pajarote de acero, con sillitas y baños y todo bien equipado, como casa de lujo. Y yo no entiendo, cariño. ¿Por qué querer volar si no nacimos con alas? Dejemos los vuelos a las aves y los nados a los peces, y acuérdate

siempre, cariño, que si naces mono en otra vida, lo haré yo también; o si naces pez, o pájaro, no importa. ¡Ya un día te pasearé en un avión de estos! Ya verás, ya verás. Pero, ¿sabes? No tenerte aquí me sofoca, no respirarte; me arde no poder estrechar tu figurita contra mi pecho; me revienta los oídos no poder escucharte pisar el suelo con seguridad al andar, meneando tus caderas de matrona. ¡Caray! Tú sabes que hice esto por ti y por todos, para ofrecerles lo que merecen y merecemos todos: respeto, tolerancia; sin ellos, sinceramente, sólo cabría destacar que, sin paz y sin armonía, y entre hipócritas, mentiras y sueños viviríamos. Si la gente aprendiera a tomarse de la mano con caridad y benevolencia, sin asco y sin pudor; si todos supieran valorarse como entes únicos que forman parte de una comunidad, no andarían eliminándose los unos a los otros. No sólo matas al hijo de Dios, acabas con un primo o un padre, un hijo o un abuelo, un novio o un amigo; eliminas a tu hermano, no de sangre, pero de humanidad; arrancas una parte del cuerpo que juntos formamos todos. Queremos cambiar el mundo, mejorarlo, hacer de él algo agradable para la mayoría, pero igual que lo deseamos, tenemos miedo de morir. Disculpa mi discurso de guerrillero; me emociono. Tan sólo te pido que te cuides mucho, si algo te pasa, yo me muero. Ruego a diario a todos los cielos que te tenga sana y salva, que te traigan pronto conmigo, o que me deje ir contigo. ¡Mira! Ahí se acerca ya un hombre de corbata y traje; a él me parece haberlo visto antes. Tengo la extraña costumbre de mirarles fijamente al rostro, intentado adivinar si vienen a mí con el discurso de siempre o con uno nuevo; cualquier señal: las cejas altivas, los ojos sonrientes, los hoyuelos en las mejillas, lo que sea en su expresión que me ayude a saber para estar preparado para todo. Por lo pronto, doblaré esto y se lo entregaré para que te lo haga llegar; ellos deben tener sus medios. Te amo, te extraño, ya sabes, por siempre tuyo. Llego con un montón de carpetas encimadas y, sobre ellas, un empaque de papel que exhala el inconfundible aroma cafetalero puro, y además, sonrío. Desde las carpetas hasta la sonrisa, sin olvidar el café: todo es novedad. Espero que traiga buenas noticias.

Los secretos en el cielo*

Saúl Sánchez Lovera

Decían que el desierto reclamaba almas, que allí, en aquella inmensidad de polvo y arena, los astros les habían conferido la vida a los primeros hombres y ahora reclamaban las vidas de regreso. Pero tú ya no tenías alma desde hacía mucho, desde que comenzaron las torturas o desde que fuiste encarcelado en esa celda húmeda y silenciosa, o incluso antes, cuando viste cómo ese hombre vestido de verde militar se llevó a tu padre y jamás lo volviste a ver. Aunque en realidad no importaba que recordaras desde cuándo te habías convertido en ese pedazo de carne desalmada, en ese ente errante y silencioso, cuya presencia estaba acompañada de ese vago y mortífero susurro. Sólo te importaba saber que el desierto no reclamaría tu alma y dejaría que completaras tu travesía.

Creas que es irónico que en ese desierto donde comenzó la vida en el planeta, ahora comienza tu nueva vida. ¿Señal? ¿Importan aún las señales? ¿Sigues creyendo en ellas o dejaste de hacerlo con el primer cristal roto, con el primer sonido de un disparo, con la primera huida? El frío del desierto hiela tus huesos y su sequedad quema tus entrañas. Estás seguro de que este desierto es el infierno sobre la Tierra. Una lágrima recorre tu mejilla izquierda y pronto se convierte en llanto desesperado. Y el llanto se convierte en miedo y ese miedo te persigue, te acecha como una sombra atenta a todos tus movimientos y de la cual no puedes escapar. Recuerdas que no es la primera vez que visitas ese desierto, que tu padre te llevó allí cuando niño a observar las estrellas. Ahora las estrellas son las que te observan a ti, tratan de contarte sus secretos para hacer más ligera tu travesía. Y tú los descifras asombrado.

* Cuento ganador del segundo lugar en la categoría de 17 a 18 años.

Jamás verás un cielo tan estrellado y sereno como el de aquella noche.

Ahora duermes. Caíste rendido sobre la arena, las estrellas son tus únicos testigos, te arrullan los murmullos del viento. En tus sueños los recuerdos de tu pasado comienzan a aparecer como imágenes fugaces que se posan delante de tus ojos. Vuelves a ver a tus padres y a tus hermanos, vuelves a estar en el colegio, vuelves a jugar fútbol y a desvelarte en las noches leyendo libros de aventuras. Por una fracción de segundo vuelves a ser tú: un chico de 17 años, como cualquier otro chico de 17 que jamás ha tenido que pensar en el exilio, que no ha sido perseguido y torturado, que no debe cruzar un desierto para sobrevivir.

Despiertas. Todo ha sido un sueño. Jamás abandonaste tu apartamento en esa metrópoli gris y lluviosa. Has regresado incontables veces a ese desierto en tus sueños. Pero el desierto nunca es el mismo, a veces es de noche y duermes en medio de la nada; otras veces recorres un llano triste y seco. Ante el que vuelve, siempre las cosas cambian.

Estás condenado a una existencia de rehén: en tu país fuiste perseguido por tus ideas y las de tus padres, pero aquí eres preso de tus recuerdos. Jamás abandonaste ese desierto, ni siquiera cuando cruzaste la frontera y recomenzaste tu vida. Ni siquiera cuando, convencido de que el peligro había acabado, regresaste a tu país e hiciste las paces con él. Lo entendiste mucho después: nunca abandonaste el desierto porque una parte del desierto se quedó impregnada en ti. ¿Hacia dónde correr cuando quieres escapar de tus recuerdos? Puedes escapar de tu país y del dolor de las torturas y las persecuciones, pero jamás podrás escapar de tu pasado. El pasado te ha dejado cicatrices que ni el tiempo puede borrar, cicatrices que temes que eventualmente te devoren, fragmentos de tu pasado omnipresentes y acechantes.

Ahora eres uno más de esos hombres en esta metrópoli de nombre impronunciable. Pero no eres como esos hombres. Tu apariencia es distinta no sólo por tu tono de piel, la forma de

tu nariz y el color de tu pelo, sino también porque tienes un semblante cansado y nostálgico. Como un soldado que ha librado demasiadas batallas o un marinero que ha recorrido los mares o un boxeador en el último asalto, a punto de caer. Los habitantes de esa metrópoli de nombre impronunciable notan que eres un alma vieja y cansada, y te miran con una mezcla de miedo y extrañeza. Tú sientes sus miradas sobre tu espalda. Envidias a esos hombres porque aún pueden sonreír, porque no saben cómo es el sonido de una bala, ni se han enfrentado al olor del miedo ni conocen el sabor del exilio. Piensas en cómo hubieras mirado a un hombre en tu misma situación si estuvieras en tu país y no te hubieras enfrentado al exilio, la misma mirada pesada e inquisidora aparece en tu mente.

Deambulas por las calles en busca de respuestas. Compras algo de comer y un café en una pequeña tienda que contrasta con la monstruosidad de la ciudad. El vendedor te saluda y tú contestas con ese acento extraño que denota que eres extranjero. El vendedor vuelve a saludarte en tu idioma, ahora te das cuenta de que ambos comparten los mismos rasgos. Esbozas una sonrisa y le agradeces. Sales de la tienda y te alejas entre las grisáceas construcciones de la metrópoli.

A veces crees que la ciudad es más intimidante que el desierto. Aquí te sientes como un intruso, pues sabes que no perteneces a este país ni a esta ciudad y que jamás podrás dominar el idioma ni aprender sus calles de memoria. No sabes si buscabas la huida o la consumación de ésta, ¿alcanzaste la libertad en la inmensidad del desierto o en la ciudad que rechazas? Eres tan solo uno de esos millones de almas que habitan la metrópoli de nombre impronunciable; tu existencia se camufla entre millones de otras. ¿Existe tu pasado en la metrópoli o se borra con la de los otros millones de hombres?

Tratas de llevar una rutina, aunque ésta te pesa. No puedes reconstruir una vida si aún no limpias los escombros de tu vida pasada. Los recuerdos de tu país de origen te impiden recomenzar en la metrópoli de nombre impronunciable.

Se hace de noche. Las estrellas aparecen tímidamente en el cielo. Y comienzas a reconocerlas, son las mismas estrellas que se te

aparecieron en el desierto inmenso y te anunciaron sus secretos. Entonces te das cuenta de que no estás solo y nunca lo has estado. Las estrellas nunca han dejado de estar allí, en ese cielo expectante y oscuro.

Entonces recuerdas el secreto de las estrellas: jamás estarás solo.

El presente fue el futuro*

Erika Ramírez Martínez

¿Por qué tener que dejar el lugar de los recuerdos cuando más sentía mío el lugar? Otros me hacían darme cuenta de que el débil no triunfa ante el fuerte, que sólo basta ser imponente y pisar recio para que tengas a docenas de débiles que están dispuestos a hacer lo que les es impuesto. No entiendo en qué momento todos mis recuerdos buenos empezaron a doler tanto y todos aquellos malos hacían la herida aún más grande.

Cada noche, al dormir, el momento en que empezó todo está ahí, intacto. La imagen es tan perfecta que pareciera realidad.

Todo comenzó una noche. Mi mamá Yetzamint se acostaba en la cama, miraba hacia el techo y comenzaba a pensar en las cosas que le gustaría tener en un futuro. A sus 27 años tenía muchas cosas que vivir. Bueno, eso anhelaba, y con tantas fuerzas que se podía notar en sus ojos color miel, enmarcados con unas pobladas pestañas. Yo sólo tenía ocho años y solía tirarme al piso y observarla... Todo cambiaba cuando mi padre llegaba. Ella se ponía muy nerviosa. Él era bueno, sólo que no sabía cómo serlo y por eso mamá no lo quería tanto.

Esa noche papá discutía con mamá, la regañaba como siempre. Me recosté en la cama y miré las siluetas detrás de la cortina hasta que me perdí en un profundo sueño.

De repente, un ruido fuerte me despertó. Todo fue tan rápido que, cuando sentí, las manos de mamá estaban abrazándome. El

* Cuento con mención honorífica en la categoría de 17 a 18 años. Es importante mencionar que el tercer lugar de la categoría de 17 a 18 años se declaró *desierto* con base en la cláusula decimo-primera de las Bases de la Convocatoria que integran el anexo A del convenio de colaboración firmado por las instancias convocantes para la realización del concurso de cuento.

ruido era constante; uno provocaba el otro, tenía mucho miedo, mi corazón latía tan fuerte que, si no fuera porque mamá me sostenía contra su pecho, éste saldría de mí. Papá entró tan pálido, que lo desconocí. Nos abrazó y dijo: “Todo va a estar bien”. Mamá y yo no contestamos nada.

Pasó mucho tiempo y el ruido cesó. Papá salió. Luego de unos 20 minutos, que en ese momento parecieron horas, regresó agitado y con la misma cara pálida de anoche. Nos encontró exactamente en el mismo lugar, agarró la mochila de mi escuela y, desesperadamente, sacó todas mis cosas, nos tomó de la mano y pidió que corriéramos tan rápido pudiéramos, no sin antes llenar mi mochila de la poca comida que teníamos en la alacena.

Salimos de casa y corrimos tan rápido que apenas podía respirar. Sé que era de mañana, aún no se veía muy bien y la niebla era tan fría que dejó mi rostro helado. Llegamos con un vecino que nos alojaría en su casa. Tocamos la puerta, nos abrió, entramos sin siquiera dar el saludo. Nos condujo a un sótano donde estaba toda su familia. Mamá y yo nos sentamos en una esquina sin hacer ruido, al igual que la mayoría de los presentes. Después de horas, el ruido de la noche pasada volvió, todos lloraban y estaban asustados. Oí decir a papá que todos moriríamos. Yo no pensaba que eso fuera tan malo, pero todos estaban tan espantados de que eso ocurriera que me hizo pensar que lo era. Los días pasaron, no sé cuántos en realidad; la luz del día nunca entró.

Uno de esos tantos días, mamá me abrazaba con tanta fuerza que sentía que me asfixiaba. Había mucho ruido, más de lo normal. Sentí miedo. Mamá dijo que guardara silencio. Me hizo prometerlo y me tapó con muchas cobijas. Se acostó a mi lado, pero no me abrazó. Sentí que se había olvidado de que estaba ahí. Alguien golpeó la puerta del sótano. Se escucharon muchos pasos, voces y estruendos, como rayos por toda la habitación. Todos gritaban, mamá también lo hacía. Luego todos callaron. Era un silencio tan profundo que me quedé dormida.

Cuando desperté, todo estaba callado. Le hablé a mamá en un tono tan bajito que no creo que me haya escuchado porque no contestó. Entonces me destapé muy despacio, miré por un orificio entre las cobijas. Todos estaban dormidos. La puerta estaba

abierta y pude ver que uno de los niños estaba lastimado porque sangraba mucho. Decidí ir a ayudarlo, pero no contestó. Estaba helado. Observé a todos. Estaban... raros. Cerré los ojos porque era una pesadilla muy fea. Corrí a los brazos de mamá, pero ella no me abrazó. Tenía una gran mancha en su ropa, sangraba, al igual que aquel niño. Mamá había muerto, todos habían muerto. No entendía nada y ahora estaba sola. Me senté al lado de mamá. Le supliqué que volviera, pero no contestó. Me cansé tanto de llorarle que me quedé dormida a su lado. De repente sentí unas manos. Cuando abrí los ojos, era papá y una de las mujeres que estaban en la habitación.

Salimos de esa casa y subimos a un carro en el cual no éramos los únicos. No vi caras conocidas. Viajamos durante horas; horas que se convirtieron en días, con el único fin de escondernos de algo o de alguien que nos perseguía quizá.

Llegamos al límite. Escuché decir a un par de personas que éramos libres, que primero cruzaría un grupo de mujeres y después los tres grupos restantes. Yo estaba en el primer grupo, pero papá no. Me dijo que lo esperara, que no me dejaría sola. Una señora tomó mi mano y subí de nuevo al carro donde iríamos escondidos entre cosas que no sé realmente qué eran. Llegamos. Nos dejaron en calle. El lugar era raro. Llegó otro carro donde nos subieron tan de prisa que, por un momento, pensé en correr, pero subí. Nos llevaron a un cuarto vacío, con algunas cobijas tiradas en el suelo que, como era de suponerse, serían nuestras camas.

Antes de venir aquí alguien dijo que por fin seríamos libres, ¿libres de qué? Al día siguiente todos fuimos separados y llevados a un nuevo trabajo. El mío era estar en un rancho enorme y limpiar todo lo que me pidieran. Mi paga: la comida del día y un poco de dinero para el señor que me trajo aquí. Creo que estaba bien, al menos aquí no se escuchaban esos horribles ruidos por la noche, pero ni papá ni mamá estaban conmigo.

Los días eran los mismos. La familia con la que estaba era muy feliz, salía con sus hijos, se divertían. A mí me gustaba observarlos, aunque la señora Carmen, la que hacía la comida, siempre me regañaba por hacerlo. Ella era buena, sólo que, al igual que mi papá, no sabía cómo serlo. Además, si ella me llegaba a pegar, era

porque yo a veces no hacía las cosas bien, pero en verdad que me esforzaba porque quería que me quisiera sólo un poco.

Un día mientras limpiaba los pisos de la parte alta, Jimena, la hija de los patrones, que tenía mi edad, se acercó a platicar conmigo. Le pedí que no me hablara porque la señora Carmen me regañaría, pero ella dijo que doña Carmen se había ido al mercado de la ciudad y no tenía por qué enterarse. Entonces comenzamos a platicar y luego jugamos en su cuarto lleno de juguetes bonitos. Nos divertíamos tanto que olvidé limpiar. Cuando vi, era ya muy tarde. Le dije a Jimena que tenía que apurarme. Ella me siguió y quiso ayudar, le supliqué que no lo hiciera, pero ella fue muy insistente y me ayudó. Aun así, no pude terminarlo todo para cuando doña Carmen llegó. Ella se enojó mucho al ver que no había terminado y me golpeó y me encerró en un cuarto muy oscuro por muchas horas, hasta que pensara bien lo que había hecho. Al menos eso fue lo que me dijo. No importaba, me había divertido tanto que lo que me había hecho era lo de menos.

Los días pasaron. Lloré cada noche que estuve en ese lugar. Jimena era la única persona que me quería, pero eso no cambiaba que estuviera sola. Cuando cumplí mis nueve años, me sentí muy contenta porque esa noche soñé a mamá. Recuerdo que, cuando cumplí ocho, ella me horneó un pastel y lo comimos juntas. Disfruté mucho ese día. Nunca imaginé que un año después estaría aquí, lejos de ella, sin su mirada tierna, sin un “te quiero”. Estaba yo tan lejos de una vida feliz que temía que nunca llegaría a tenerla. Nadie supo que cumplía años. No entiendo por qué lo festejan o por qué te regalan cosas; no lo entiendo. Cuando cumplí los 15 seguí sin entenderlo; seis años en la monotonía me comieron poco a poco.

Luego de más de un año de que mi única amiga se fue a estudiar a la ciudad, yo no podía aguantar más tiempo ahí. Decidí escapar. La noche era muy fría, tomé un suéter y me fui así como llegué, sin nada más que mi anhelo de ir a un lugar mejor. Corrí lo más que pude. La sensación era la misma que cuando papá nos sacó de casa. Pedí a mamá que me cuidara y, con lágrimas en los ojos y los pies cansados, llegué a la carretera. Pedía a los autos que pasaban que me llevaran, hasta que uno de ellos se paró. Sentí

un gran alivio, me subí a ese carro que me abría las puertas a otra vida, me sentí bien al dejar ese lugar.

El señor que conducía me hizo algunas preguntas a las que contesté con algunas mentiras. Jimena alguna vez me contó de los peligros de la vida y éste podría ser uno. El señor me dijo que se dirigía a la ciudad, por lo que le dije que para allá iba. Recorrimos varios kilómetros. Su mirada en mí me incomodaba, no pude dormir en toda la noche. Mirando por la ventanilla pensaba en qué cosas haría cuando llegara a la ciudad. De repente, el flujo de los carros era más lento, la luz del sol apareció y el tráfico ocasionado por un choque detuvo a muchos autos. El señor que conducía se durmió y yo bajé. Caminé por toda la ciudad sorprendida de lo feo que estaba. El aire fresco de la hacienda ya no estaba. Pensé en buscar a Jimena, pero eso sería más difícil de lo que pensaba.

Caminé sin saber a dónde ir. Observaba a todos y pensaba que algún día caminaría tan rápido como ellos, porque sabría a dónde me dirigía o alguien estaría esperándome en algún lugar. Al cruzar la calle, sólo escuche el rechinar de algo, una fuerza que me impulsaba hacia el suelo, vi mi vida pasar delante de mí. No sé qué dolía más, el golpe o los muchos recuerdos malos que mi vida me había dado.

Cuando desperté, estaba en una cama, con un dolor enorme. Tenía una mano vendada, algunas puntadas en la frente y un collarín que me estorbaba mucho. La doctora dijo que todo estaría bien, que le diera toda mi información. ¿Qué podía yo decir de mí, si no tenía identidad? Todo me lo había quitado la vida. Entonces le dije que no tenía ni sabía a dónde ir, le conté a aquella doctora que me inspiró confianza gran parte de lo que me había pasado.

La doctora Isabel me llevó a una casa hogar. Me costó muchos meses relacionarme con las otras chicas y chicos de mi edad. Nos enseñaban cosas en los talleres. Ese lugar llegó a ser, en ese momento, lo más cercano a la felicidad, y digo en ese momento porque, a los pocos meses, me regresaron a mi país con una tía lejana, con la que pasé unos meses de vida aún más feos que todo lo que había pasado. Su tercer esposo no era muy bueno conmigo, entonces llamé a la doctora Isabel y ella me nacionalizó en su país

con mucho esfuerzo, por lo que estaré muy agradecida. Después de unos meses de venir aquí, a este país que me ofreció una nueva vida, tuve una niña tan hermosa como mi madre. Tengo 15 años con la panadería “Como en tu casa” que puse gracias a lo que me enseñaron en la casa hogar. Mi hija me ayuda a atenderla, casi termina la preparatoria, es una excelente alumna y me ayuda a escribir mis memorias. A mí me cuesta mucho. Soy buena para los números, pero no para la escritura. Tengo 37 años, aparento más, pero por fin logré ser feliz sin que los recuerdos me atormenten tanto. De papá no volví a saber nada. Este cuento es uno de esos que termina en un final feliz, porque todo lo que tengo, aunque sea poco para mí, es mucho más de lo que esperé tener, pero no es necesario vivir una vida mala para que se aprenda a valorar las cosas.

Fin

¿Y si yo fuera una persona refugiada...?

Comenzar de nuevo en otro país

Cuentos de jóvenes sobre personas refugiadas 2011

se terminó de imprimir en diciembre de 2011 en los talleres de
Impresora y Encuadernadora Progreso (IEPSA), S. A. de C. V.,
San Lorenzo 244, col. Paraje San Juan, del. Iztapalapa,
09830 México, D. F.

Para su composición se utilizaron tipos Goudy Old Style
y Helvetica LT Std de 22, 11 y 8.5 ptos.

El tiro fue de 1 000 ejemplares impresos
en papel cultural de 75 g.



*testimoni*Os